REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXIV San José, Costa Rica **1937** Sábado 14 de Agosto Num. 6

Año XIX — No. 814

SUMARIO

En la muerte del Dr. Carlos E. Restrepo

(Del homenaje colombiano)

= Párrafos sacados de *El Tiempo*, Bogotá, ediciones de 7, 16 y 18 de julio de 1937 =

El Presidente de la República en uso de sus facultades legales, y considerando:

Que hoy ha muerto en la ciudad de Medellín el señor doctor Carlos E. Restrepo;

Que tan ilustre ciudadano ejerció la presidencia de la república, el cargo de ministro de gobierno y el de embajador ante la Santa Sede;

Que le tocó asumir la primera magistratura de la nación, por elección de la Asamblea Nacional de 1910, *en horas particularmente difíciles para la patria, y que en su administración tornó el país a regirse por instituciones republicanas, después de un período de confusión de los poderes públicos; que en ella, gracias a una ordenada gestión de los intereses colectivos, aumentaron las rentas del Estado, volvió Colombia al régimen del oro, se respetó el libre juego de los partidos políticos, se introdujeron reformas sustanciales a la carta fundamental de* 1886, *destinadas a hacer efectivas las garantías individuales, a democratizar el origen de los órganos del poder público, a separar sus órbitas convenientemente, a dictar normas de gobierno justas y eficaces, todo lo cual se llevó a cabo con la cooperación constante del poder ejecutivo; que el extinto procedió con valor y decisión a implantar una política de conciliación y buen entendimiento entre los partidos, todavía amargados por recientes luchas y persecuciones; que más tarde prestó cooperación patriótica a la vida pública, como animador de publicaciones periódicas y director de una colectividad política;*

Que la vida de este varón recto se caracteriza por la lealtad a las normas políticas y morales que preconizó desde antes de ser Presidente de la República y posteriormente, y que su influencia e intervenciones oportunas contribuyeron a suavizar las costumbres cívicas de los colombianos;

Que a la claridad de su vida pública se agrega la pulcritud y sencillez de su vida privada, que le mereció el aprecio de cuantos lo trataron y la amistad calurosa y constante de muchos compatriotas;

Que, en suma, como periodista, político, ministro de estado, embajador y presidente de la república, quiso siempre servir a su patria y la sirvió eficazmente, decreta:



Dr. Carlos E. Restrepo

Artículo 1º—El gobierno, haciéndose intérprete del sentimiento del pueblo, deplora el fallecimiento del doctor Carlos E. Restrepo, *recomienda su memoria al recuerdo agradecido de sus conciudadanos y presenta su vida como ejemplo digno de imitarse por ellos.*

Artículo 2º—Declárase el día de hoy de duelo nacional.

Artículo 3º—Por el ministerio de guerra se dictarán las órdenes del caso para que todas las guarniciones y acantonamientos militares del país rindan a la memoria del ilustre colombiano los honores que le corresponden como presidente que fue de la república.

Artículo 4º—En todas las oficinas públicas de la capital y los departamentos, intendencias nacionales y comisarías especiales, la bandera nacional permanecerá enlutada y a media asta por el término de quince días.

Artículo 5º—A costa del tesoro nacional se efectuará solemne funeral en la iglesia Catedral de Medellín, con asistencia de representantas del gobierno y de las autoridades locales.

Artículo 6º—Ejemplares de este decreto serán enviados a la señora viuda del doctor Carlos E. Restrepo *y a sus hijos.*

Comuníquese y publíquese.

Dado en Bogotá, a 6 *de julio de* 1937.

ALFONSO LOPEZ

El Ministro de Gobierno, Alberto Lleras Camargo.—*El Ministro de Relaciones Exteriores,* Gabriel Turbay.—*El Ministro de Hacienda y Crédito Público, encargado del despacho de Agricultura y Comercio,* Gonzalo Restrepo.—*El Ministro de Guerra,* Alberto Pumarejo.—*El Ministro de Industrias y Trabajo,* Antonio Rocha.—*El Ministro de Educación Nacional,* J. J. Castro Martínez.—*El Ministro de Correos y Telégrafos,* Jorge Restrepo Hoyos.—*El Ministro de Obras Públicas,* César García Alvarez.

Era Carlos E. Restrepo el tipo del hombre respetable, del hombre digno de respeto. Podía no pensarse como él, y aún era natural vivir fuera de la órbita de donde él se había situado, prácticamente solitario, como esos viejos hidalgos de Castilla, austeros, señores, fijos en su solar, en su fe y en su paisaje. Podía no pensarse como él, pero no podía dejarse de inclinar la frente ante su dignidad sin mancilla, ante la sobriedad de su fe republicana, ante la llama siempre viva de su patriotismo, ante la pulcritud de su vida ejemplar. Lo español, que corría por todas las venas de su árbol genealógico, es una agua fuerte, tiene la virtud de fijar los caracteres con una nitidez, con una precisión y vigor inconfundibles. En las montañas de Antioquia, donde los blancos se han conser-

vado en toda su pureza, donde el lenguaje sigue acuñándose en los mismos cuños del siglo XVI, suelen verse, como él, viejos irreductibles, francos y cordiales, que mezclan el buen humor y la virtud para hacer la vida a un mismo tiempo alegre y heroica, dura la moral y afable el trato, llena de colorido la conversación, y hondo el concepto y henchido de sustancia y de doctrina. En este caso, tales condiciones tuvieron la fortuna de estar al servicio de una inteligencia siempre juvenil, que iluminó varias veces la república, y fue la afortunada guía de los colombianos en horas decisivas de su historia.

Al evocar a los hidalgos castellanos, casi que vamos bordeando la más pura fuente del patriotismo. El patriotismo es el sentido del tacto, con que repasa y acaricia el relieve de la tierra propia. Es la raíz que se afirma para tomar la savia del propio vaso que preparó la naturaleza. El castellano en su solar, a la sombra de los árboles que vieron crecer y morir a sus padres y a sus abuelos, levantando con sus propios pasos sobre las losas invariables los mismos ecos que oyeron un siglo antes los perros del antepasado —del antepasado que silencioso y grave sigue espiando a sus descendientes desde un marco de oro en la sala familiar—, ese castellano es el patriota de nacimiento, el gustador de su tierra brava, el hijo y el dueño del paisaje ralo en donde se parten el sol y el viento sin aleros ni penumbras.

De este patriotismo era el de Carlos E. Restrepo. El tenía el gusto de su tierra. La defendía con orgullo, con altivez, por derecho de nación, con certeza de propiedad. A distancia, como el hombre que ve tranquilo, sobre la palma de la llanura lejana, partirse y repartirse la urdimbre de los caminos por donde los hombres transitan con sus afanes y sus cargas, veía él a los colombianos en el ir y venir de la política, siguiendo el caprichoso dédalo de los partidos, sumisos al afán cotidiano de los menudos incidentes de sus negocios. No quiso él mezclarse en esos repartimientos, ni afanes. Ni quiso reducir en ningún momento el gozoso privilegio de ver a la patria en toda su plenitud. Por eso, cuando hablaba, tenía su palabra el tono de la altura. Daba en cada sílaba la impresión de que estaba henchida de emoción nacional. Siempre hemos creído que esa zona que él llamó republicana, fue el necesario refugio de su espíritu, tan refractario a la pasión banderiza, tan intransigente con el hambre de totalizar las cifras mejores de lo colombiano. No hay que tomar su decisión como el ánimo de sustraerse a las penas y desazones de la vida activa, ni como un simple esguince para evitar los golpes de la lucha y trepar a los miradores de la contemplación espiritual: no: fue la suya una apasionada decisión de sentir más hondo y de abarcar espacios más extensos: una vocación rara que le llevó a deshacerse de lo pequeño —que ofrece caricias lisonjeras—, para sentir nada más que las vibraciones íntimas del alma colombiana. Por ser así, por haberse alejado de la línea de conducta vulgar, le vimos con más flechas que un San Sebastián, sirviéndoles de blanco a los del norte y a los del sur, a los de la derecha y a los de la izquierda, a los azules y a los rojos. Tranquilo, con una sonrisa que tuvo a ratos su tercio de amargura, pero que casi siempre fue plácida, y en todo tiempo limpia de rencores, seguía mirando las cosas de esta tierra, con la cabeza, de nieve y seda, de la más fina nobleza, sencillamente levantada en un gesto que era al propio tiempo de firmeza y de ecuanimidad.

Aquella cabeza suya era un ejemplar magnífico. Sus retratos los mostraba con gusto el colombiano, como diciendo: qué bien se mira la patria en estas canas. Se había complacido la naturaleza, al registrar los agravios que no pueden faltar nunca a un colombiano meritorio, en ir poniendo toques de blancura donde los ingratos buscaban blanco para sus dicterios. Parece el retrato de un príncipe —decía alguna vez un personaje, al ver su estampa—, queriendo hacer alusión a esas figuras en donde la aristocracia se abría en flores de una albura que ya no solemos ver los hijos de esta época.

Para nosotros fue privilegio que no hay con qué pagar, tener a un espíritu semejante para que nos abriera las puertas del renacimiento colombiano. En 1910 empezó para los hijos de esta tierra el siglo XX. Hasta la víspera, todo fue el turbio borbotón de las guerras civiles, de los regímenes inconstitucionales, de la regeneración torva y falaz. Un cuarto de siglo llevaba de expedida la última constitución y no se había aplicado ni una sola vez, utilizando apenas unos artículos transitorios que eran instrumentos de persecución y de venganza. Los diez primeros años del siglo estuvieron repartidos entre la guerra, la desmembración nacional y la dictadura. La primera centuria de la república fue una centuria turbulenta, teñida al rojo por la pasión que se ponía en hacer ensayos unas veces y otras en destruir las cosas que apenas nacían. En 1910 comenzó la era constitucional. La unión republicana fue el pórtico que tuvimos para entrar a la vida civilizada, a la tranquila convivencia nacional. Una pequeña equivocación de criterio en esa fecha, nos hubiera llevado a la negación violenta del pasado. Se necesitaba el tacto, el tino, la altura patriótica de un espíritu eminentemente colombiano, ajeno al rencor, desinteresado y firme, para que sorteara las dificultades. Ese espíritu lo encontró el país en Carlos E. Restrepo. A él le debe Colombia su pacífica iniciación en esta vida que ya no recuerda la del romántico y tremendo siglo XIX.

Al inclinarnos ante el cadáver del gran ciudadano, al ver que su cabeza blanca ya no asoma por los rincones de este mundo sino que entra a los dominios de la historia —como una de esas pequeñas obras maestras que modela con dedos mágicos la leyenda—, sólo se nos ocurre decir: que la bandera nacional le cubra y que los ojos del pueblo le sigan con emoción y gratitud.

(Editorial de *El Tiempo*)

———

En la democracia colombiana Carlos E. Restrepo ocupa un puesto único. Representó la reacción del organismo sano contra todas las abominaciones de una política secularmente corrompida. No sólo luchó él contra los odios y las pasiones banderizas —que en realidad eran lo menos malo— sino contra el imperio de la intriga, contra el favoritismo, contra la selección por lo bajo, contra la injusticia, contra la pésima administración pública, ejercida en beneficio de unos pocos. El, benévolo por temperamento y por doctrina, era de feroz intransigencia para todo lo equívoco. No toleró jamás ni sombra de indelicadeza. No le rindió pleitesía a la demagogia. No cedió nunca de lo que él creía bueno, para obtener éxitos. No fue lo que ahora se llama un maniobrero. Fue sólo un varón recto. No logró imponer las normas de equidad con que él quería regir la república. Acaso semejante pretensión fuera inhumana. Desvanecido el republicanismo y retirado su jefe y conductor a la vida privada, resurgieron todas las prácticas nefandas de que él abominara. Camarillas y roscas, intrigas y negocios. El verdadero mérito opacado por el favoritismo...

Ahora está de moda hacer mofa de hombres como Carlos E. Restrepo. Jovenzuelos sin ética ni seso juzgan que antes de ellos no hubo nada en este país, y que las magníficas virtudes republicanas, de que el gran colombiano desaparecido fue ejemplar sin segundo, deben pasar al desván de las cosas inútiles. Absurdo empeño. La república no conocerá la plenitud de sus destinos empujada por estas gentes que pretenden romper con el pasado, no por razones ideológicas, sino por ignorancia y pereza. A la república la salvarán los hombres puros y fuertes, como Restrepo.

CALIBAN

———

Su sentido realista de la política estuvo iluminado siempre por una ardiente convic-

ción apostólica, por un desinterés acentuado, que hacía simpática toda empresa en que pusiera sus empeños. Su elección para Presidente, en competencia con otro gran patricio, fue recibida con júbilo y su gobierno, combatido con fuego nutrido por las extremas turquí y bermeja, marcó el inicio de una era de concordia y de convivencia republicana, que ha salvado al país en las grandes crisis posteriores. Cuando dejó el mando, literalmente encanecido por los desvelos y trabajos de su ejercicio, la nación entera lo rodeó y Bogotá, símbolo espiritual de la patria, le rindió el más espontáneo y el más sincero de los homenajes.

Desde su retiro de Medellín ejercía una especie de magisterio espiritual, un pontificado de patriotismo, y sus escritos, sus telegramas, sus declaraciones, eran a manera de ondas que llegaban a todos los puntos del país, como voces de estímulo, como palabras de apaciguamiento de pasiones, como mensajes de cordura. A la sede de su residencia se volvían todas las miradas en las horas conflictivas o difíciles, seguras de hallar rutas de control en las exaltaciones colectivas o corrientes de impulso en las horas de desfallecimiento.

Para la juventud su vida fué una lección perpetua, por su patriotismo, su entereza de carácter, por sus excelsas dotes de inteligencia y de voluntad, por su enhiesta indisciplina contra todas las aberraciones de secta, contra las violencias y las injusticias. Sea su nombre en el futuro, que para su memoria hoy se inicia, el más alto símbolo de lealtad a la república, que es la libertad y es la democracia.

BERNABE RIVERO

Cómo supo Carlos E. Restrepo representar de bien, sobre las ruinas de la dictadura, abatida ante el esfuerzo conjunto de los partidos tradicionales, el ansia de restauración de la ley fundamental, el apetito de reformas, el avance, basado todo sobre la misma concordia que hizo, como principio, la gloria del general Rafael Reyes! El vigoroso estadista, en cuya alma la voz del patriotismo aconsejó lo que los pueblos consideraron como una simple fuga, había acostumbrado la pupila conservadora, como dijo Guillermo Camacho, a ver liberales en los puestos públicos. Carlos E. Restrepo quiso que el espectáculo edificante continuara haciendo la felicidad de Colombia, pero con representación auténtica en las cámaras de las fuerzas en pugna. Y se hizo el evangelista y el exégeta de una doctrina de verdad nacional, que empezaba por garantizar lo que él llamó *la libertad de los libres*.

Cómo sabía amar a la patria este hombre bueno, que en cierto sentido tuvo en la dirección de sus destinos un concepto de hogar, que no quería distinciones de partido sino de capacidad en el manejo de la cosa pública, que estableció lo que se ha juzgado incongruente, y que puede serlo en determinadas etapas de la evolución, pero que no lo fue en la presidida por él, o sea *el gobierno apolítico!* De cuantos adjetivos le ofrendaron la admiración y el cariño, acaso ninguno fue tan grato a su espíritu como aquel desarrollado en un inolvidable artículo por la pluma más autorizada del partido liberal, la de ese apóstol que fue don Fidel Cano, con un título que lo enastaba como a la seda de un estandarte: *el presidente incoloro*.

Buen administrador, hombre de método, portador de las mejores tradiciones antioqueñas, de recia voluntad, de maneras sencillas, afables, democráticas, se preocupó por enseñarle al país lo que era un buen gobierno. Reaccionaba contra el sectarismo, buscaba limar las asperezas de los hombres, se ingeniaba por encontrar los puntos de contacto entre las doctrinas que parecían más opuestas, enseñaba con Macaulay que la política es compromiso, y sobre bases de respeto por toda idea sincera, de comprensión y de indulgencia respecto de los diversos credos políticos o religiosos, ensayaba demostrar que todo cabe de holgada manera en la república. Sólo un concepto de tribu hace imposible la convivencia de seres a quienes la amplitud mental y la buena educación permiten desarrollar sin bruscos choques sus encontradas actividades y realizar sin fricciones sus propagandas distintas.

Nada más reñido con los hechos y con las palabras de la éra republicana, tan idealistamente liberal en su arranque y en su desarrollo, que el concepto ignorante de las nuevas generaciones, empeñadas en asegurar que el criterio predominante correspondía a individuos quietos, de gorro de dormir y de pantuflas, de mecedora y de pipa, cuando la vida entonces fue de acometidas incesantes, de equilibrio inestable, resueltos como estaban los hombres de partido a no abandonar lo que el doctor Restrepo, con expresión feliz, llamó ante la nación entera *los queridos odios*. No "algodón entre dos vidrios", frase que no aceptamos nunca, sino conciliador entre dos contendores que, como de ordinario ocurre, se olvidaron de sus propias diferencias para cargar contra él el republicanísimo, que aspiraba a redentor, fue un cristo, y vió sus carnes azotadas por el látigo de los iracundos, como sintió su rostro profanado por la saliva de los sayones.

. . . .

Múltiples servicios le prestó a la patria en muy diferentes situaciones. Concibió la política como una cruzada moral antes que todo y como una empresa patriótica. Luchó porque la denominación de colombianos se antepusiera a cualesquiera otras y porque los fueros de la conciencia fueran celosamente respetados. Abominó de lo que en frase magistral calificó don Fidel Cano de "viejo y repugnante abrazo de la religión y la política". Para las ideas pidió divulgación, campo abierto; para los partidos, transigencia, acercamiento, comprensión; para Colombia, amor, devoción, entrega total del espíritu en sus aras. Jamás brillaron con mayor fulgor los tres colores que sobre su pecho. Ningún presidente de Colombia pudo reclamarlos con mejor derecho o con mayor orgullo. Celoso de la dignidad nacional, de su decoro, de su independencia; ansioso de su progreso; satisfecho de sus realizaciones, fue un crítico certero de sus deficiencias y un animador eficaz de sus empresas redentoras.

Fue hombre de letras también, un experto catador de estilos, poeta en su primera juventud, siempre atinado en la frase. Sabía acuñarla en discos relucientes de agradable tañido. Era hombre de fórmulas como dísticos. Sus telegramas son célebres. Algunos de sus apotegmas, algunas de sus definiciones, algunas de sus fórmulas han acrecentado el acervo nacional y se usan casi como refranes, hasta con ignorancia de la procedencia. Fue un periodista benemérito, de los tiempos en que cada editorial era una batalla, filósofo después, cuando quiso aportar el caudal de su experiencia administrativa y su prestigio de ex-presidente hidalgo a la divulgación de principios que estimaba saludables, urgentes en ocasiones, encaminados al bienestar y al progreso de lo que, por ser su mayor amor, le sirvió de nombre para su revista: *Colombia*. Y tanto estimó la profesión, ejercida con su criterio de ecuanimidad, de rectitud, de limpieza, sin buscar nunca desollar al contrario, ni siquiera herirlo, sino combatir apenas la norma o el acto acreedores al reproche o a la condenación, que para su tumba ambicionó esa denominación: periodista. "Eso basta. Puede que algún erudito, cuando mi nombre se mencione, agregue: "Dicen que fue presidente de Colombia".

Entendió y practicó el periodismo como sacerdocio, como cátedra. En la cátedra universitaria, en la presidencia de sociedades literarias, en las simples tertulias entre amigos, era por todos los cuatro costados, un maestro. Maestro, por estar al día en la información, ya que toda la vida fue un apasionado lector de obras científicas. Maestro, por estar al corriente de todas las grandes obras de carácter social y de todas las verdaderas novedades literarias. Maestro, porque gustaba de lo colombiano, lo leía, lo comentaba, le servía de ordinario para alguna palabra de magnífico estímulo. Maestro, porque convertía en sustancia de su espíritu todo lo bueno que encontraba en los libros, y lo difundía, con generosidad de millonario, en las conversaciones animadas o en los artículos diáfanos. Maestro, porque era un constante predicador de bondad, lo mismo con las palabras que con el ejemplo. No le indignaba sino la ardentía de las pasiones, que tan rápidamente llevaba a la injusticia. Apagaba la llama con sus amonestaciones, como la encendía cuando se trataba de reaccionar contra la arbitrariedad, contra el peculado y contra el disimulo.

. . . .

Nosotros no aguardamos a la muerte para reconocer su prestancia, para admirar su carácter ni para medir su altura. Fuimos sus de-

fensores de todas las horas, mucho más combativos cuando dejó el poder, desde la tierra plana, que cuando él se encontraba en la colina. Carlos E. Restrepo, que tenía el dón de la amistad, contaba también, entre los muchos suyos, el de la cortesía. Era un hombre que sabía dar las gracias. No dejó de expresar nunca el aprecio en que tenía a quienes sabían luchar por su nombre y por su obra. Para nuestros hijos quedan, como algo que nos honra de manera excesiva, sus efusivas cartas.

Y para nosotros, para lección de la vida, para estímulo en la lucha, para consuelo en las tribulaciones, para reconfortante ejemplo de entereza, de magnanimidad, de amor a la república, de amistad sin sombras, queda su recuerdo. Recuerdo de luz y recuerdo de armonía. Recuerdo de juventud, porque toda la nuestra la comprometimos en su apoyo, en abierto combate contra los sectarismos, en evangélica cruzada de tolerancia, en ardorosa defensa de la dignidad y del derecho. Todo lo que a Carlos E. Restrepo nos acercó fue noble, fue desinteresado, fue patriótico. En él pudieron aprender los colombianos el arte de ser colombianos. Y los hombres, el arte de ser hombre. Cuando después de pacientes meditaciones y de numerosas consultas llegaba a una conclusión, era un aragonés. Nadie lo sacaba de su verdad, y por su verdad era capaz de dar el sosiego, y la vida, y la otra vida. Así como en Faguet había aprendido a detestar el culto de la incompetencia, en él había encontrado que el horror a las responsabilidades, característica de la vida burocrática, ganaba el desprecio para quienes lo sentían.

Jamás lo sintió él. Las asumía con un valor de hombre entero y con la sencillez de quien está acostumbrado al cumplimiento del deber y opina que por ello no merece alabanza. Se enfrentó al jacobinismo. Fue discípulo de Rodó. Se enfrentó al clero beligerante. Fue un católico a quien indignó la profanación del vestido talar en las refriegas políticas. Se enfrentó al odio internacional. Quiso que aceptáramos el desagravio, explícito y caluroso, consignado en el tratado del 6 de abril del año 14, de los Estados Unidos. Se enfrentó al encarnizamiento de los partidos. Llamó liberales, llamó conservadores, a su gobierno, y desarrolló ante ellos y con ellos un lógico proceso de rectificaciones, de revaluaciones, de acercamiento. Se enfrentó al desgreño administrativo, a la exageración, a la difamación, al odio, como se había enfrentado a la arbitrariedad, a la crueldad, a la concupiscencia y a la dictadura.

. . . .

Hombre tan ricamente dotado por la vida, con ascendencia de próceres, con figura castiza, de hidalgo, de hermosa voz metálica que acariciaba con el dejo antioqueño, de ánimo festivo, jovial, siempre ingenioso, pulcro en la acción, pulcro en el ademán, pulcro en el vestido, de honda confianza en sí mismo, pero modesto, pero sencillo, pero demócrata hasta el exceso, disfrutó de una popularidad que se transformó en veneración, y de un hogar que se estremecía con los ecos jubilosos y que amortiguaba los ruidos estridentes. Concentró en él su ternura y lo apreció de manera tan profunda que cuando dejó el poder, en medio de las aclamaciones del pueblo agradecido, en su mensaje de adiós dijo a Colombia: "Desciendo al hogar, o mejor dicho paso a él, que no es superior el solio al hogar cuando éste es digno".

. . . .

Tuvo también Carlos E. Restrepo el arte de morir. Lo acompañó la serenidad de Marco Aurelio o acaso, como él hubiera preferido que se dijera, la enseñanza de Cristo. A la cruz se abrazó para emprender el viaje, mientras en los ojos que empezaban a perder el brillo se fijaban, en una última mirada de ternura, los colores nacionales. Con los suyos estaba, y con Eduardo Santos, el amigo fidelísimo que voló a su lado tan pronto como recibió la noticia de que deseaba verlo. Había estado departiendo con perfecta lucidez, con su jovialidad habitual, pero entrecortadamente, cuando le subió la fiebre y le empezó el delirio. En medio del delirio dejó conocer, por las palabras pronunciadas, que continuaba con la obsesión de los problemas de Colombia. Luego la tranquilidad, luego el silencio, luego el suspiro. Como si fuera a dormirse, cerró los ojos. Y ya estaba lejos el espíritu.

L. E. NIETO CABALLERO

(*El Gráfico*. Bogotá, 10-VII-37)

No le basta a un político el ejercicio de la primera magistratura para llamar sobre sí tenazmente la atención de los contemporáneos, quienes se orientan, de ordinario, hacia los caracteres definidos y con capacidades para valer en más de un campo. Y ese es el aspecto por que se revela a nuestros ojos el doctor Carlos E. Restrepo. Fue hombre de contornos precisos porque la franqueza fue en él una cualidad predominante. Amó a Colombia intensamente con un fino y elevado sentimiento de su decoro. Como escritor era elegante, ilustrado, incisivo y lleno de intención, y sabía hablar como escribía. En sus mocedades concurrió a los campos de batalla con aquella gallardía y fervor que le fueron ingénitos.

. . . .

El joven magistrado llevó al gobierno sus personales prendas de tolerancia, de intransigente probidad, de orden y economía y de amor al trabajo.

. . . .

A diferencia de aquellos conductores falaces que para triunfar prometen todo, y ya en el puesto olvidan lo prometido, el doctor Restrepo tomó a lo serio y de veras su programa de tolerancia y de gobierno probo, y cumplió su palabra, contrariando así a muchos que contaban con la consabida y tántas veces practicada treta. No es dudoso que algunos de sus adeptos deploraron en lo íntimo del alma haber embarcado con ese hombre de hierro en nave de tánta idealidad; esos iniciaron el desfile llamándose a engaño, a deslealtad, a fullería. Otros permanecieron fieles a sí mismos. Mantuviéronse constantes en la vía comenzada y sólo muy a la larga la soledad en que se vieron los espantó de modo que regresaron a sus antiguas toldas, si bien unos tantos conservan todavía en sus maneras ese aire inconfundible de elevados propósitos que había sabido inspirar una vez sus actuaciones.

El doctor Restrepo no hizo nada desde el gobierno para mantener a su partido (el republicano) en el poder y reconoció serenamente la victoria a su sucesor. Salió del palacio como había entrado: gallarda, honorablemente, con el aprecio y respeto de toda la ciudadanía, dejando definitivamente solidificado su merecido prestigio de conductor nacional.

. . . .

Fue éste (el Dr. Restrepo) sin duda una figura de grandes relieves en que predominaban la decisión, la integridad y la entereza. Tuvo un espíritu jovial, de subido sabor picaresco y muy gráfico; en la juventud cultivó la poesía, la crítica y otros géneros literarios con singulares donaire y fortuna.

GUILLERMO VALENCIA

Estrechar su mano era palpar la lealtad. En nada, ni en lo más trascendental o en lo más baladí, pudo para él haber doble moral o doble fondo. El que era, aparecía; el que aparecía, era.

Ese hombre, que fue la consecuencia en acción, al llegar al gobierno no pensó nunca, ni habría podido ocurrirse a su mente integérrima, proceder en forma distinta de como en calidad de catedrático, periodista o simple ciudadano había expuesto y sostenido que debía procederse. En el poder no se sintió "al otro lado de la barricada", según frase que pasó a la historia con la biografía misma de singularísimo personaje francés.

Su rectitud de conciencia, llevada también al gobierno contra los teorizantes de la sinuosidad resbaladiza y proteica como timbre y razón de ser de "la política", hubo de producir, como desde luego cabía suponerlo, graves contratiempos a ese gobierno y a su persona misma; pero su temperamento

no era de los que por los contratiempos desisten o se doblegan.

Incapaz de odios, porque su alma se cernía en las alturas a que éstos no alcanzan, jamás pronunció una decisión o decreto, jamás ejecutó un acto por obra pasional contra una u otra de las dos tenedencias políticas que, enfrentadas enconadamente entre sí, se aunaron para el solo fin de oponérsele en la pretensión de aislarlo.

. . . .

Llevó su honradez pareja a todo género de actividades y a toda provincia del espíritu. En lo atañedero a dineros públicos, todo en sus cuatro años fue caja de cristal y desvelado celo por su inversión cuidadosa y eficaz y por la percepción neta y por la marcha ordenada y severa del presupuesto.

Uno de sus más eminentes adversarios lo llamó "despensero honrado". Sin duda sugería esta alabanza el grave cargo de carencia de mejores y más encumbrados atributos, necesarios siempre en el jefe del Estado. La injusticia de la sugestión saltó desde entonces a la vista. Y quedó en pie el reconocimiento que el enemigo mismo hacía de aquella virtud, tan olvidada en otros países y aún en el nuestro en épocas venturosamente pretéritas, definitivamente pretéritas.

Recto, franco, nítido, íntegro, hubo de fracasar en muchos de sus empeños que le valieron el cargo de desadaptado para la política y desacertadamente romántico y soñador; pero aun de sus mismos fracasos deriva grande beneficios el país, porque lo que fue mero sueño ayer, ya es realidad hoy o habrá de serlo mañana, y el soñador que brega por la realización de su ensueño no necesita lograrlo él mismo desde luego para que se le reconozca su concurso, realización ulterior tanto más hermosa cuanto más lejana de aprovechamiento personal egoísta. El laboró enormemente para su época y también, como verdadero hombre de Estado, para el futuro.

Los profesionales de la censura, cuya hoja de servicios se halla en blanco, a menos de llenarla con su locuacidad porque hablar mientras otros obran pudiera llamarse servir, le afeaban al doctor Restrepo su falta de valor consistente en no encabezar desde el sillón presidencial una cruzada política de las habituales hasta entonces. Y él respondía con la energía máxima de soportar los ataques, burlas y dicterios de unos y otros y con su imperturbable consigna de gobernar para todos los colombianos, fiel en la realidad a la letra de instituciones que nos declaran a todos iguales ante la ley.

Se le atribuía incapacidad para bajar a la realidad por volar en las nubes del ensueño y que pretendía conducir los negocios humanos cual si estuviera trazando líneas y figuras geométricas en la frialdad del gabinete sobre la seca hoja de papel. El escenario se forjaba con cierto ingenio y también con falsía.

Al talento del doctor Restrepo, a su trajín con la vida, a su contacto con lo real, no podía ocultarse que la complicación del sér humano y de las sociedades es algo muy distinto y distante de la sencillez de la línea recta y de la simplicidad de trazarla. Pero, no incurriendo en el yerro de menospreciar las virtudes fundamentales y recias del pueblo colombiano, con la mayor entereza y lealtad ajustó sus actos a los ideales, principios y manera de gobernar, a cuyo advenimiento e imperio había dedicado su vida, comprendiendo que esta dedicación era lo que le había conquistado el voto de sus electores.

El éxito firme e inequívoco de la lección de puratinismo y de legalismo constituida por sus cuatro años de presidencia, está proclamando que el error no estuvo en el varón sereno que con excepcional y silenciosa energía gobernó para todos sin más anhelo que el bien de su patria.

Cuandoquiera que en horas venturosas o adversas acuda Colombia a la rememoración de sus grandes hombres, evocará a Carlos E. Restrepo, varón consular que la amó por sobre todas las cosas, cumbre moral cuya rectitud, pulcritud, austeridad y decoro lo imponen a la gratitud y al amor de las generaciones presentes y futuras.

RICARDO HINESTROSA DAZA

NO ME ALQUILO

Pleno 1891. Morales Bermúdez, molesto con los continuos ataques de Prada, había optado por tentarlo con ofrecimientos. Quería comprar, con favores, su silencio. Prada sonreía de tanta ingenuidad. Un día le brindaron una senaduría. Cuando se habló de transformar el Círculo Literario *en partido político, el Presidente Morales Bermúdez, por intermedio del Dr. Calle, le propuso a don Manuel que aceptara la dirección de un diario, totalmente bajo el contralor de Prada, y que, después de un año, podía escoger una Legación en Europa. Don Manuel se limitó a contestar, con ironía y no sin cierta indignación:*

—Dígale al Sr. Morales Bermúdez, que no me alquilo.

(De Luis Alberto Sánchez, en su libro *Don Manuel*, Ediciones *Ercilla*. 3ra. edición corregida. Santiago de Chile. 1937.)

Los libros de la semana

Indice y registro, extractos y referencias de las publicaciones que se reciben de los autores y las Casas editoras

Vamos a leerla:

La canción de los libres. (Pseudo-novela), por C. E. Zamora. Imp. Borrasé Hnos. San José, Costa Rica.

También leeremos:

Interior, poemas de Amelia Ceide. Puerto Rico. 1936.

Señalamos:

El teatro de Lenormand, por José María Monner Sans. 1937. Buenos Aires.
Con el autor: Agüero 2079. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Carlos Alberto Erro: *Tiempo lacerado*. Ediciones *Sur*. Buenos Aires. 1936.
Con el autor: Arenales 3474. Bs. Aires. Rep. Argentina.

Samuel Guy Inman: *Latin America*. Its place in world life. Willett, Clark y Co. New York. Chicago. 1937.

Thomas Mann: *Los Buddenbrook*. Ocaso de una familia. Trad. de Francisco Payarols en colaboración con Enrique Leguina. Prólogo de F. Oliver Brachfeld. Editorial *Apolo*. Barcelona. 1936.

Oscar Efrén Reyes: *Los incas, políticos*. I. El proceso de expansión incaica. II. Quito, culminación y fin del Incario. Quito. Imp. Nacional. 1936.
Envío del *Grupo América*. Quito.

Raúl Carrancá y Trujillo: *Derecho Penal Mexicano*. Parte general. México, D. F. 1937.

Carlos Bolívar Sevilla: *Montalvo y sus Obras*. (Ligeros comentarios). Tomo I. *El Cosmopolita* y *El Regenerador*. Ambato. Ecuador.
Cortesía de la *Casa de Montalvo*. Biblioteca de Autores Nacionales. Ambato. Ecuador.

Alberto T. Arai: *Voluntad cinematográfica*. Ensayo para una estética del cine. Editorial *Cultura*. México. 1937.

Salvador Merlino: *Los metafísicos*. Editorial *Minerva*. Buenos Aires.
Con el autor: Piedrabuena 4632. Buenos Aires. Rep Argentina.

Lo más reciente en las *Ediciones Ercilla*. Santiago de Chile:

Jolan Foldes: *La calle del gato que pesca*. (A Halászó macska uccája). Premio Internacional de novela de 1936. Traducc. de Luis A. Sánchez.

Henri Massis y Robert Brasillach: *Los cadetes del Alcázar*. Traducc. de Isabel de Castellvi. Prólogo de José María Souvirón.

Señalamos:

Delio Fernández Ponjoán: *Charlas de divulgación popular* (radiofónicas) sobre conflictos psicológicos y sexuales. Cuaderno No. 1 Prólogo del Prof. M. Costales Latatú. La Habana. 1937.
Con el autor: *Radio Guía*. San Lázaro No. 99. Habana, Cuba.

Suspiro, el perro que se murió de risa

Por ROBERTO RIVAS

= *Envío del autor*. San José de Costa Rica, 9 de julio de 1937 =

Era un perro sucio, flaco, rodador eterno de carnicerías pestilentes.

Nadie lo quería en el barrio. Todas las viejas que iban a comprar carne, le tenían miedo al pobre perro, que nunca, en su vida, tal vez feliz, había intentado morder a nadie.

Era un perro flaco y sucio. Por eso nadie lo quería, porque los humanos son más perros que los perros, odian con odio canino, desprecian con desprecio perruno, son hombres, en fin!

Y aquel perro estaba enamorado. ¿Creerán Uds. que de una perra flaca y sucia como él?

No! Ni lo piensen! Ese perro flaco y sucio, estaba enamorado de una mujer!

¿No lo creen? Yo, a veces, también dudo. Por algo soy hombre.

Pues, sí, aquel perro estaba enamorado de una linda mujer, que no era flaca ni sucia, a pesar de ser mujer.

Siempre llegaba ella al nacer el día con su vestido blanco, o azul, que dá lo mismo, muy limpio siempre, eso sí, toda ella muy bonita: llegaba a comprar la carne a "la carnicería del perro flaco" como habían dado en llamar a aquella carnicería.

Y el perro, en su condición intrínseca de perro, se acercaba lentamente a aquella mujer, tan lentamente, que parecía no acercarse.

Y lentamente, también, se echaba a sus pies, y le lamía los lindos zapatitos de charol, unas veces, que otros días llevaba puestos los zapatitos de gamuza, regalo de algún pulpero al por mayor.

La joven lo dejaba hacer, y a veces, sólo a veces, le pasaba dulcemente la mano por el lomo sucio y mal oliente.

Sin embargo, aquella mujer no se limpiaba la mano delante del perro, como hacen los hombres cuando le dan la mano a algún idiota, a algún genio o a algún loco.

Algo tienen los humanos peor que los perros, y es la facultad de dar la mano.

Por eso, cuando algún perro ha sido amaestrado para dar la mano, los humanos lo celebran, porque entonces se parece a ellos.

Pero aquel perro flaco y sucio no había aprendido a dar la mano.

Aquel perro más parecía un niño inocente que un perro. Pero era demasiado flaco, y demasiado sucio para ser un niño, aunque haya niños más sucios que algunos perros.

Y cada día, el perro enflaquecía más y más, hasta parecer un enfermo del hígado.

Suspiro, como lo llaman los chiquillos del barrio por su languidez hambrienta y sucia, no se podía curar ya nunca más. Y él lo sabía, porque miraba con una mirada que más parecía de Cristo que de perro.

En todas las especies de animales, hay profetas y redentores. Yo me imagino que aquel perro largo, flaco y sucio, fué el redentor inédito de los perros, pero que los demás perros no le hicieron caso. Tal vez él no les prometía un mundo mejor!

Además, Suspiro era un perro flaco y sucio, y feo, y los perros, como los hombres, sólo siguen a los redentores de presencia atrayente, de cuerpo limpio por el agua, pero sucio por los placeres, y de cerebro anormal, pero sin genialidad. Suspiro, era un perro genial.

Muy escasos redentores, y ha habido muchos, han sido genios.

Y todos los genios son anormales, aunque sean flacos, y sucios, y feos.

—Caballero, me dijo lentamente aquella mujer (por lo visto, aquella carnicería era la carnicería de la lentitud), ese perro, así como lo vé usted, flaco y sucio, está enamorado de mí, y es capaz de enamorarse sin esperanzas, sin pedir nada, sin exigir nada. Ese perro, es más digno que muchos hombres!

Yo me reí con una risa de idiota (siempre me río así delante de una mujer bonita o de una gata zalamera).

—Tiene razón, señorita, ese perro está enamorado de usted.

—Pero no crea que yo aliento esos amores. Sería injusto de mi parte darle esperanzas a ese perro, aunque yo lo quiero mucho. Y no es por orgullo, no lo crea, es porque ese perro, no merece que una mujer lo haga sufrir, como no merece los puntapiés que le doy para demostrarle que lo quiero.

—Sí, señorita, yo estaría orgulloso de que un perro como ese me quisiera, así, de la manera como éste la quiere a usted.

—Yo estoy orgullosa de que Suspiro me quiera así.

Y al decir esto, aquella mujer, con su voz de arpegios no oídos, casi podría decir arpegios luminosos, pues yo tenía la sensación de ver la voz cortando el aire, llamó al perro, que la obedeció como sólo los humanos saben hacerlo delante de una mujer bonita...

Y con sus movimientos, que más parecían de perra de raza, caminó rápida y rítmicamente. Ya lejos de mí, aquella mujer se inclinó, y tomando entre sus manos la flaca y sucia cabeza de Suspiro, le dió un beso largo, sentido...

Suspiro no dijo nada... Como era perro, el pobrecito!

Cuando la mujer caminó de nuevo, Suspiro no la siguió. Se quedó echado sobre la piedra indiferente y fría de la acera, mirando como se alejaba su adorada.

Pero sólo por breves segundos, porque después lanzó una carcajada, tan humana y tan sincera, que me conmovió hondamente.

Seguro aquel perro se reía de sí mismo. O tal vez de mí.

Y aquella carcajada no terminaba, era algo así como una hipoteca a largo plazo, era tan larga aquella carcajada, que yo llegué a pensar que era la hipoteca de risa a largo plazo que le habían legado sus ascendientes.

Suspiro ahora sí que lo parecía. Se retorcía sobre sí mismo, dando vueltas asombrosas, que de haberlas dado en el redondel de un circo, o en una cámara parlamentaria, se hubiera ganado una ovación inmensa.

Afortunadamente para Suspiro, aquellas vueltas las daba sobre la piedra húmeda de una acera angosta.

La flacura sucia de Suspiro temblaba acorde con toda con aquella carcajada interminable.

Nadie se fijaba en el perro.

Por un momento, llegué a pensar que aquella mujer, al darle el beso al perro, poseía una bella alma de perro. Pero me equivoqué. Además, me he equivocado muchas veces en la vida.

Esa mujer no podría llegar a tener nunca un alma de perro.

Cuando oyó la carcajada de Suspiro, volvió la cabeza y sonrió. Le envió un beso con la punta de los dedos, y se alejó, acentuando el balanceo de las caderas. Acababa de ver al hombre que le gustaba.

Y delante de mí, y delante de las demás personas, se acercó al hombre que se acercaba, y le dió un beso largo, sentido...

El hombre dijo muchas cosas... Como era hombre, el pobrecito!

Y aquellos labios bellos, que habían besado al perro, tal vez con sinceridad, besaron al hombre, tal vez con maldad.

Las demás personas, sí se fijaron en esta escena. Siempre llama la atención de los humanos la acción que se puede criticar, que se acostumbra criticar con acritud, porque es la acción que más se desea hacer.

Suspiro, aún así, no dijo nada. Ya he dicho que era perro.

Pero su carcajada adquirió matices más violentos y su pobre cuerpo flaco y sucio, sonaba, sonaba... como si los huesos se fueran desprendiendo lentamente, muy lentamente, de la carne.

Suspiro duró diez minutos más riéndose. Después, su boca adquirió una posición extraña, y lanzando su última gran carcajada, carcajada de perro con alma de hombre, quedó rígido, con la rigidez de los cadáveres humanos.

Suspiro estaba muerto. Yo lo puedo asegurar. Se había muerto de risa.

Si hubiera sido un hombre, el médico, con la ignorancia característica de la mayoría de los médicos, hubiera dicho, en tono solemne y muy despacio, como para oírse el mismo: "Falleció de un ataque cardiaco" o de apoplejía, o de cualquier otra estupidez de ésas.

Pero Suspiro sólo era un pobre perro genial, y por desgracia mayor, flaco y sucio. Por eso, Suspiro se había muerto de risa.

Después de esto, he pensado muchas veces si la Naturaleza, con un sentido irónico que no le conocía, depositó en el cuerpo de los perros el alma de los hombres!

La noche, ese gran laboratorio de belleza en el cual se rizan permanente los árboles, se balanceaba lentamente!

CUENTOS ESPAÑOLES

Negaba un confesor la absolución a un penitente porque no dejaba la ocasión de una mujer con quien trataba, y viéndose apretado, le dijo:

—Padre, pues vuesa paternidad gusta de esto y me lo manda, dejemos esta mujer y tomemos otra.

Llevaban a ahorcar, por ladrón, a un mozuelo. Salió su madre llorando, y abrazada con él díjole:

—Hijo mío, si de esta vez no escarmientas, no dejarás en toda tu vida esta mala costumbre de hurtar.

Don Diego del Alcázar, señor de Collera, contaba que había cenado mucho. Díjole uno:

—Mal hace vuesa merced en cenar tanto, porque al día siguiente amanecerá sin ganas de comer.

Respondió:

—Señor, por mucho que cene, es cosa cierta que al día siguiente he de amanecer en ayunas.

Carta alusiva

San José de Costa Rica, 10 de agosto de 1937

Mi querido don Joaquín: Mañana 11 de agosto habrá audiencia pública en la Sala de Casación para conocer de la acusación que, por solicitud del representante de don Benito Mussolini en Costa Rica, presentó contra Ud. el Gobierno de aquí. ¿El motivo? Haber acogido *Repertorio Americano*, sin recortarla, una producción inofensiva que le llevara un joven español, quejándose de que el periódico en que días antes se publicara por solicitud de él, la había censurado. La tradición de libertad que ha hecho de *Repertorio* tribuna de reconocido prestigio continental, no podía negarle espacio al artículo acusado. Extraña que el diplomático se mostrara tan vidrioso en esta ocasión. El propio Gobierno ha debido tener grandes dificultades investigando en cuáles párrafos del escrito reside la injuria. Y es que no la hay, porque no es artículo de combate.

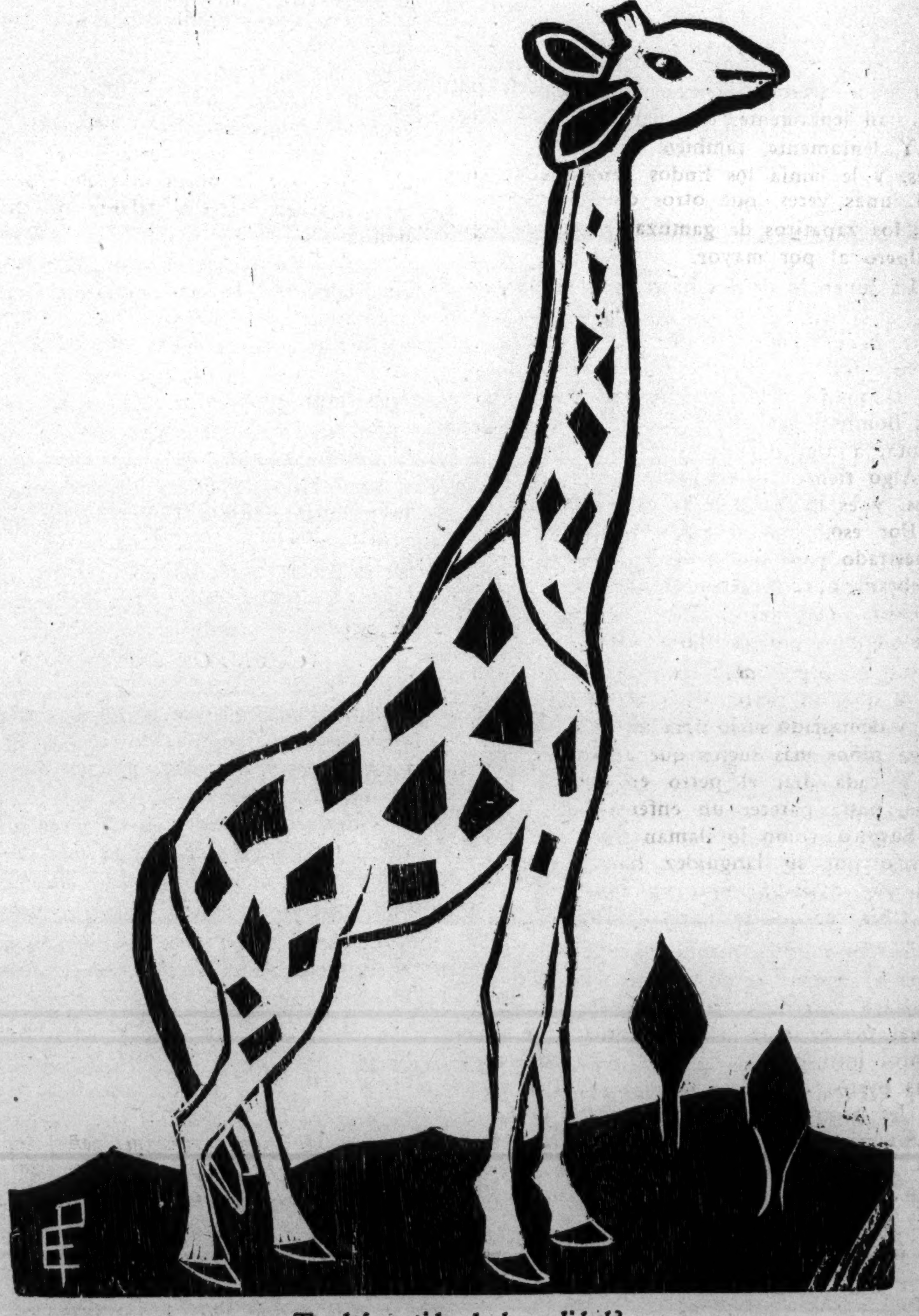
El representante de don Benito Mussolini bebió el trago e hizo que se enojaba. El Gobierno de Costa Rica para desagraviarlo hizo escrito de acusación contra Ud. La ofensa no fue de proporciones enormes, porque el diplomático jamás volvió a mencionarla. La Casación mañana oirá nada más que la oratoria oficial. Ha decidido Ud. no asistir a esa vista. Ha querido guardar silencio y hace bien. Congreso y Cortes son entre nosotros puro espectáculo. El público busca el espectáculo nada más. Si Ud. hubiera anunciado su presencia en el banquillo de los acusados, faltaría mañana espacio en el salón de Casación para contener a los centenares de curiosos con ansias de oírlo. De oírlo diciendo cosas triviales. Estoy seguro de que pocos serían los que de sus labios sólo anhelaran oír el análisis del artículo acusado. El público, la compacta mayoría, digo acordándome de la expresión ibseniana, como asiste al espectáculo busca sólo lo grotesco. Y si lo que el representante de don Benito Mussolini ha querido perseguir en Ud. es su adhesión inquebrantable a la causa del pueblo español, esa causa no tiene aspecto grotesco. No podía Ud. dar pasto picado—y esta es una de sus acertadas expresiones—siendo como es un combatiente de corazón.

Los jueces no habrían comprendida su actitud. No por ser nuestros jueces, sino por ser jueces y sabido es que los que más tarde se enteran de que la libertad precisa defenderla con sangre todos los días, son los que andan administrando justicia. No hay cosa que apague más en el hombre su vigilancia que los códigos. De modo que una explicación suya sin elocuencia sólo habría conseguido desilusionar al público. Mejor hizo en no ir.

Y seguir con la misma reciedad luchando por la causa del pueblo español. La vista de mañana pasará y luego vendrá el fallo con condenatoria, o no, contra Ud. No por eso habrá de perder la causa del pueblo grande al luchador de su tamaño. ¿Cuánto hace que el Gobierno lo acusó? Muchos meses y sin embargo el plan de ayuda al pueblo español sigue su desarrollo. Las páginas nobles de *Repertorio* están consagradas a la difusión de una causa imperecedera. Y consagradas de la mejor manera. Soy testigo de los esfuerzos que Ud. hace para sostener *Repertorio*. Jamás se ha quejado ni ha extendido la mano para acudir a traer dineros de nadie para el fondo exhausto de *Repertorio*. Cuando la canalla fascista se echó contra el pueblo español *Repertorio* dió el grito de alarma. Sin consultar a nadie. Porque Ud. no tiene que consultar a nadie. Creo que es el primer caso en el mundo de una publicación que inicia siempre sus luchas dándose entera a las buenas causas únicamente. La del pueblo español conmovió profundamente su conciencia. Hacía poco había estado Ud. en España, no como turista sino como alma despierta. Vió Ud. mucho de España. Su cultura honda no lo hizo asombrarse en aquella tierra asombrosa. Trajo de España más acendrado su amor por ella. Estalla la traición de los militares azuzados por los fascismos italiano y alemán, y Ud. es el vocero en América de la causa del pueblo español. Ni un momento ha debilitado el combate. Grandes artículos ha difundido a los pueblos de América *Repertorio Americano*. Ha ido a enterar a los pueblos. Esto lo decimos sin jactancia. Porque las publicaciones en general están influenciadas por los cavernícolas y el objeto es dañar la causa de la democracia y exaltar los beneficios de los fascismos. *Repertorio* ha tenido una sola nota de verdad y de justicia. Por ella ha penetrado en la conciencia de nuestros pueblos.

Estamos seguros de que por adversos que le lleguen a ser después de la vista de mañana los pareceres de los jueces que conocen del proceso iniciado a solicitud del representante de don Benito Mussolini, su reciedumbre no se desmoronará. La causa del pueblo español sólo ha podido imponerse, teniendo en su contra fuerzas de tan universal perversidad como las que los fascismos han echado a matarla, por el temple de las almas que la sostienen con sacrificio. El pueblo es asesinado sin piedad. Los defensores de ese pueblo son encausados. Pero ni uno ni otros juzgan que el mal desatado para eliminarlos podrá volverlos ruinas. No es Ud. un combatiente asustadizo. En ninguna causa. En esta de España su defensa está cimentada profundamente. No la abandonará jamás. No estar con ese pueblo heroico es traicionar los sagrados principios de la libertad amenazados por la barbarie fascista. Contra la bar-

(*Concluye en la pág. 105*)



¿Tendrá sentido de la realidad?

Madera de *Emilia Prieto*

Los progresos de la República azteca

Por el Dr. FELIX RODRIGUEZ GARCIA

= Envío del autor. Habana, 16 de julio de 1937 =

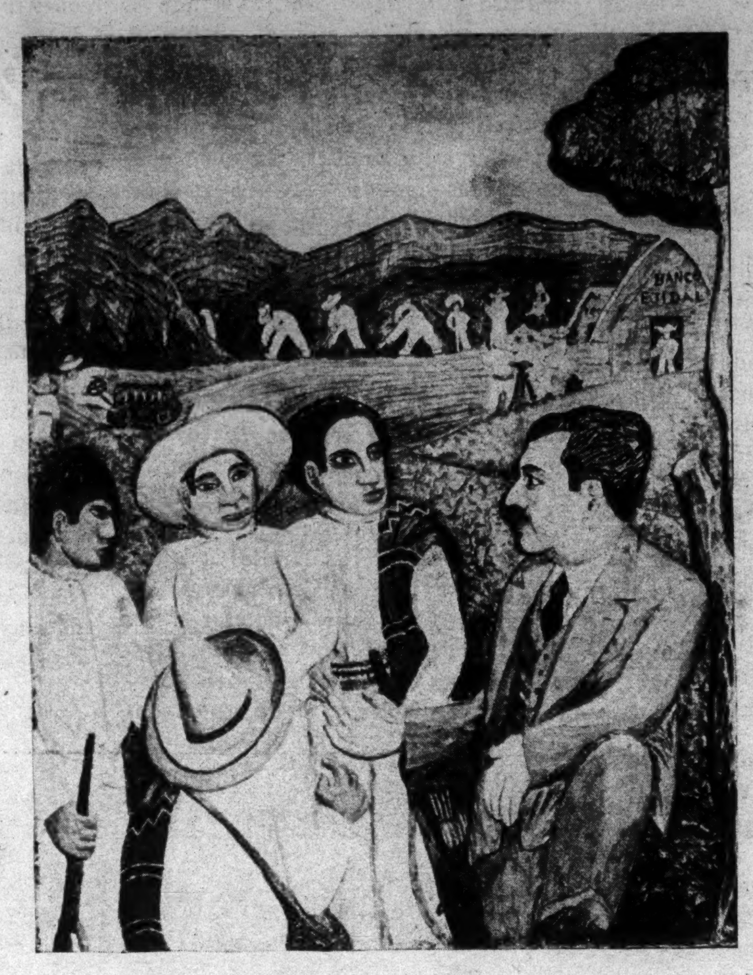
Al Presidente de la República de México, señor Lázaro Cárdenas y a sus eficientes colaboradores, corresponde la gloria y el alto honor de señalar al Mundo, procedimientos y métodos más acordes y relativos a las necesidades biológicas de los individuos.

El Gobierno de México se ha anotado un resonante triunfo, con la implantación de normas pedagógicas y científicas, que tienden a mejorar la condición de los delincuentes, considerándolos como *unidades biológicas susceptibles de corrección.*

Con una visión clara y precisa de los fundamentos en que descansa el fenómeno evolucionista de la vida, han roto los mexicanos con los prejuicios sociales y los arcaicos métodos usados en nuestros días, donde se continúa castigando al delincuente, atendiendo solamente a la falta o delito cometido, cuando las más de las veces el individuo resulta un irresponsable, puesto que actúa cegado por la pasión o bajo la acción de perturbadoras condiciones psicopatológicas que atestiguan su ignorancia y la carencia de las nociones necesarias para medir y ajustar sus actos a las leyes de Responsabilidad y Compensación de la Naturaleza.

La Penitenciaría del Distrito Fiscal de México ha adoptado el salario mínimo y concedido privilegios de agremiación como experimento para la rehabilitación de los criminales empedernidos. Los presos trabajan en los talleres de la prisión en forma análoga a como los realiza el hombre libre, abonándosele $ 2.25 diarios, con cuyo salario pagarán su comida, pueden vestirse, abonar el alquiler de la celda y demás gastos, que suman aproximadamente $ 1.60, quedándole el remanente como ahorros.

Como los obreros libres, los reclusos pueden organizar sus gremios y fundar asociaciones, para su mejoramiento físico, moral, cultural, económico y social; pero donde mejor puede apreciarse la capacidad de nuestros hermanos aztecas, para considerar juiciosamente estos problemas tan interesantes de la Vida, es en la interpretación de que el delincuente es un *enfermo de la mente*, que necesita y requiere como tal, un tratamiento adecuado a sus males, causa por la cual debe ser sometido a los cuidados y atenciones de la *Ciencia* y contar con los conocimietnos de expertos psicólogos, biólogos, sociólogos y médicos especializados en la materia, para que entonces la justicia sea aplicada en beneficio de la Humanidad y no para satisfacer o establecer una venganza en favor de la sociedad o individuos perjudicados, sin otro resultado que fomentar el odio y sembrar la discordia en las familias, colmándolas de angustias y acrecentando sus dolores.



El Presidente Cárdenas dando tierras a los campesinos para cumplir con el Plan Sexenal

Talla policromada de *Roberto de la Selva*

Las Naciones más civilizadas van abandonando los viejos métodos de corrección disciplinaria en las cárceles y presidios, convencidas de que la reclusión, como la pena de muerte, no han podido disminuír la delincuencia, pues las estadísticas de todos los países, contando al nuestro entre los primeros, lo atestiguan y demuestran fehacientemente y es que castigar al delincuente, privándolo de su libertad y esclavizándolo después por medio de vejaciones y el rigor de las prisiones, *sin educar sus sentimientos* y sin hacerle comprender la necesidad de la rectificación, la honestidad y el trabajo, es perder el tiempo inútilmente, porque seguiremos viviendo la horrible y espeluznante tragedia que confronta la actual sociedad.

El sentimiento, poderosa fuerza inconciente que radica en el ser humano, sólo es útil y provechosa cuando está supeditada al dominio del conocimiento, por ello puede decirse, que siendo el hombre un sujeto progresista, lo que más necesita es educación biológica y orientación consciente y mientras predominan en él los deseos, los egoísmos y las pasiones, por encima de sus deberes y obligaciones como unidad psico-física del Universo, estará sujeto a los estados de labilidad y variación constante, a que conducen la ofuscación y la ignorancia, con respecto a las leyes que rigen el fenómeno de la vida.

Por ello es que los grandes gobernantes deseosos de servir a sus conciudadanos, vuelven la vista y prestan atención a todo cuanto concierne a los problemas que estudia la psicología, puesto que siendo ella la ciencia del Alma, no es posible que pueda prescindirse de sus valiosos servicios para la corrección y modificación de los seres humanos.

Si queremos realmente ayudar a contribuír al progreso de los pueblos, es innegable que sólo por medio de la educación ello puede lograrse, tomando en cuenta que cada individuo tiene necesidades biológicas distintas a los demás y que debe estudiarse por medio de sistemas pedagógicos adecuados, su su capacidad mental y demás cualidades psicológicas, a fin de conocer a fondo, cómo debe ser tratado y de qué medios habrá de disponerse para convertirlo en un ciudadano útil a sí mismo, a su familia y a la Nación.

Por todas las razones antes expuestas, sería de gran utilidad para nuestra Cuba, que consideramos también la imperiosa necesidad de dar un trato distinto a los reclusos, sobre todo si los que se atribuyen el derecho de pedir castigo y condenar a los delincuentes, o a los que no comulgan iguales ideales que ellos, no pueden servir de ejemplo digno de ser imitado por los penados y como todos somos de algún modo culpables, de los males que padece nuestro pueblo, si realmente nos sentimos hijos de una madre común que es la Patria, ayudemos a nuestros hermanos a reconocer y corregir sus imperfecciones, a dominar y controlar sus pasiones, a interpretar y adaptarse mejor al medio donde desenvuelven sus actividades, creando y perfeccionándoles normas que les conduzcan a la eliminación de cuanto afecte a su individualidad biológica, en sus relaciones con los demás y con las cosas.

Felicitamos al Gobierno de México por su genial iniciativa, ya que ese primer paso dado hacia orientaciones más fecundas, acerca del trato que debe darse a los demás hombres, cuando procedan contra la sociedad o contra la Patria, debiera ser imitado por todas las demás Naciones de América y con ello daríamos muestras de que marchamos hacia la conquista de la paz moral y material que necesitan los pueblos, para mantenerse acordes con los principios de equidad y de justicia social y política.

Esa es la labor que el Instituto Nacional de Investigaciones Psico-Físicas viene realizando en favor del pueblo de Cuba, porque mientras el ciudadano no sea capaz de reconocer sus defectos y malos hábitos rectificar sus errores, no estará preparado para conocer sus deberes y obligaciones y mucho menos para reclamar y hacer valer sus derechos.

SARMIENTO VIAJERO

Listo estaba para dejar Italia, cuando en una iglesia de Monza un sacerdote le invitó a ver, entre cirios e incensarios, dos espinas de la corona de Jesús y un pedazo de la esponja que le ofrecieron con vinagre... Lo ridículo de la patraña no le distrajo; pero cargado con el recuerdo de la patria oprimida, pensó que aquella esponja era como el símbolo de todos los despotismos. Cuando un tirano clava un pueblo en la cruz, le acerca también, para calmar su sed, una esponja chorreando de vinagre en la punta de una lanza. Los miserables, entonces, beben; los dignos, como Jesús, vuelven la cabeza. De ellos también dirá la historia: "Y no quisieron beber".

(De Aníbal Ponce, en su libro *Sarmiento*. Espasa-Calpe, S. A. Madrid. 1932.)

El mexicanismo de Roberto de la Selva

Por REBECA KAYE,
Miembro del Comité de Exposiciones de Arte del Civic Club de Nueva York

= De *El Universal*. México, D. F., junio 13 de 1937 =

Roberto de la Selva nació en León, Nicaragua, hace arriba de treinta años, de ascendencia española, inglesa e india, y es hermano menor de Salomón de la Selva, el poeta. Muy joven aún, en protesta contra la ocupación militar de su patria por nación extranjera, Roberto de la Selva emigró de Nicaragua a México, donde ha vivido desde entonces. Es en México donde Roberto de la Selva por primera vez estudió arte, donde descubrió y abrazó su vocación definitiva, donde ha desarrollado su capacidad a un grado de logro que ya le ha establecido una envidiable reputación internacional. Debe considerársele como artista mexicano.

Ello es lo más natural. Entre México y Nicaragua ha habido desde tiempo inmemorial los nexos más estrechos. Toltecas y aztecas en diversas migraciones se establecieron en Nicaragua mucho antes de arribar los españoles a América, y fundaron allí, en valles como el de Subtiava, y en márgenes de lagos reminiscentes de Anáhuac, reinos florecientes donde se adoraba a dioses mexicanos y se cultivaban artes de México. Y nicaragüenses, también con prioridad al descubrimiento de América, se dice que emigraron al norte y fundaron en lo que hoy es Chiapas, en México, un reinado que los conquistadores nunca pudieron sojuzgar y gobernar. Más recientemente, México y Nicaragua se han visto ligados en la lucha contra el imperialismo norteamericano que resultó en la guerra de San dino. Estas vicisitudes obligaron a los De la Selva a desterrarse, México fué para ellos natural refugio. Aquí Roberto no tenía por qué sentir las penas del destierro—el pan amargo, las escaleras empinadas, de que habla Dante. El descubrimiento de sí mismo como artista, fue para él como un segundo nacimiento. Como artista tiene todo derecho a que se le juzgue nacido y criado en México.

En justicia se podría reclamar más en su favor. No es exagerado decir que quizá él sea el más genuinamente mexicano de las principales figuras del renacimiento artístico que ha atraído tanta atención hacia ese país. Rivera, Orozco, Revueltas, Siqueiros, el francés Jean Charlot, el japonés Kitagawa, los norteamericanos O' Higgins y los Greenwood, para mencionar sólo a quienes han obtenido mayor renombre, llevaron al arte mexicano técnicas europeas y orientales y han buscado en México, no las raíces de su arte, sino más bien colorido local, entusiasmo ambiente, modelos nativos. Fue Charlot quien le enseñó a Rivera y a los demás a pintar *al fresco buono*. Otros artistas mexicanos, notablemente Rufino Tamayo y Federico Cantú, han tenido bastante con el entusiasmo solo, y tienen fijos los ojos en París por lo que toca a lo demás, y en Picasso y Giorgio de Chirico. Roberto de la Selva, en cambio, ha surgido de lo que es más indígena, ha tomado el arte muy humilde y muy menor de los indios de Apizaco, y habiendo dominado sus métodos rudimentarios de tallar y policromar la madera, ha producido evolucionariamente una expresión más alta y un contenido más pleno. Los bastones de Apizaco es fácil ver que se derivan de los bastones tallados y policromados, símbolo de autoridad, de días precolombinos, de los cuales hay algunos ejemplares en el Museo Nacional de México. Así es que De la Selva habla idioma mexicano, por así decirlo, mientras que sus compañeros artistas, si bien tienen bastante que decir sobre México, mucho de verdadera importancia, lo hacen, empero, en un idioma, una técnica que nada tiene de mexicano, sino que es una excelente continuación de arte europeo y oriental o una combinación de ambos éstos.



Tehuanas
Talla del escultor *Roberto de la Selva*



Estampa mexicana
Talla policromada por el escultor *Roberto de la Selva*

En cierto modo la mayoría de los artistas de México aun consideran a ese país como colonial, teniéndolo por independiente sólo De la Selva—Gaugin, por más que pintara en Tahití paisajes y figuras tahitianas, no dejó de ser un francés cabal; y por más que haya pintado indios con admirable simpatía, Diego Rivera es igualmente un europeo, quizás más italianizante que francés, habiendo estudiado, habiéndose desarrollado y habiendo vivido la mayor parte de sus años formativos en Europa. El más fervoroso y el más erudito elogiador mexicano de Rivera, el profesor Samuel Ramos, encuentra que al pintar vegetación tropical, "el estilo de Diego Rivera recuerda al de los "paisajes mexicanos" de Rousseau el Aduanero", y atestigua con admiración, que si bien México abundaba en tradiciones artísticas, Rivera no siguió ninguna de ellas siendo en efecto un individuo del grupo cubista que encabezó en Europa Picasso, que en sí mismo halló su propia realización. Todo lo contrario es el caso de De la Selva, pues sigue una tradición completamente mexicana, en la que ha trabajado con un cariño jamás desfalleciente desde hace ya una década, y a la que ha llevado ya a un eminente plano de excelencia, fundando una escuela que cuenta con numerosos adherentes. Casi no hay tienda donde se vendan cosas de arte en México, que no exhiba trabajos de los imitadores de De la Selva.

En el folleto del profesor Ramos, sobre Diego Rivera, que se ha citado arriba, publicado en México en 1935, se asevera que, "fuera de la ciudad de México, por todo el país, las artes indígenas se practican con fines industriales, bajo procedimientos estancados y con fórmulas que los artesanos repiten casi mecánicamente". Es este arte, que él halló verdaderamente reducido a bajísimo nivel, lo que De la Selva ha redimido con éxito en sus tallados policromados. Conscientemente ha escogido De la Selva un arte arraigado en México, antes que hacer arte europeo que no más refleja lo mexicano.

LA FILOSOFIA DEL ARTE, SEGUN ROBERTO DE LA SELVA

En una importante serie de artículos que desde el año pasado ha venido publicando Roberto de la Selva, sobre el tema general de *El Arte en México*, este artista ha expuesto una novedosa filosofía. Abomina rotundamente de la

teoría platónica del arte como producto de la inspiración, y enuncia, más en consonancia con la conciencia moderna, que el arte es función fisiológica mediante la cual se manifiesta el temperamento del individuo. "El impulso artístico, la iniciativa creadora"—declara De la Selva—es un rasgo humano normal. Pero la vida condiciona y limita al hombre; y como la vida es lucha constante, este hecho obliga al hombre, en el acto de crear, a tomar una de tres únicas actitudes, no siéndole posible ninguna otra actitud; a saber, una actitud de defensa, una actitud de agresión, o una actitud de fuga. Y si bien—sigue diciendo—puede el individuo asumir ora una, ora otra de estas actitudes, una de ellas predominará en él y le dará carácter definido". Sobre esta base De la Selva ha postulado tres categorías de arte que él llama *La Espada* como símbolo de la agresividad, *El Escudo* como encarnación de la actitud de defensa, y *La Cueva de Latmos* significativa de escapatoria de la lucha que es la vida. "Haga lo que hiciere—afirma De la Selva—el hombre no hace más que asestar golpes, o pararlos, o huir de la golpiza que es la vida. Considérese que el puñal no es más que una espada diminuta, que la bala no es sino punta de espada cuya larga hoja es de invisible fuerza en vez de acero, y que un gesto, o una palabra, pueden ser más potentes que bala o que lanza. Considérese que la ropa que vestimos es en efecto escudo, que escudos son las casas en que vivimos, escudo las ciudades, escudo el vientre de la madre, y su regazo, y la inevitable sepultura. Y considérese finalmente que cuanto no es ni espada ni escudo, se ha salido como por sortilegio del círculo y no tiene calidad de vida, la ha negado y rechazado. Situado en el corazón mismo del vivir como en medio de batalla reñida, el hombre por fuerza tiene que blandir arma, o alzar escudo o poner pies en polvorosa. De lo contrario, no vive, no responde ni reacciona a la vida".

"Las categorías que yo he sido el primero en enunciar"—dice De la Selva (aunque personalmente ha declarado que redacta conclusiones a que ha llegado en conversaciones con su hermano Salomón)—"se hallarán en todo Arte, con meridiana claridad en la literatura. La obra de Homero es paladinamente un escudo glorioso, semejante al de Aquiles que el mismo Homero describe, donde, sobre siete espesores de cuero de res, Hefaestos forjó placa de bronce adornada con escenas de la vida de los griegos y con figuras de dioses y de héroes hechas en oro y plata. Detrás de tan invulnerable escudo Homero conquistó la vida tan por completo, que lo que es a él, jamás podremos vislumbrarlo siquiera. Así también es la obra de Shakespeare, escudo, pero diseñado como el de Perseo para alcanzar victoria sobre la Gorgona, escudo hecho con superficie de espejo: quien a él se acerque se verá reflejado, pero a Shakespeare no lo verá, tan bien escudado está el poeta por el perfecto escudo que se forjó. Muy distinta es la obra de Eurípides, la de Erasmo, la de Voltaire, la de Ibsen, todos quienes dieron potentes mandobles con espadas filosas de gran peso y jamás romas. Bajo esta categoría cortante y punzante, debemos colocar también el Sermón de la Montaña de Jesús, y los escritos combativos de Lenin. Recordemos que Jesús mismo declaró que no traía paz sino espada. Se conocía bien, como se conoce bien a sí mismo todo verdadero hacedor. Finalmente, recordemos la antigua fábula del amor que la Luna le tuvo a Endimión, amor tan celoso que la diosa no podía tolerar que el joven respirase, ni en el recuerdo, un ambiente que no fuese todo de ella; por lo que lo raptó y lo escondió en cierta cueva en Latmos, donde le abandonaron memoria de toda cosa y la conciencia de la vida. Esta cueva latmiana es el tercer arquetipo de Arte que tantos buscan, y que logró tan rotundamente Edgar Allan Poe, en lo mejor de su obra donde en efecto se respira un aire "fuera del Tiempo y fuera del Espacio", como él mismo asevera. Los líricos son con frecuencia de este tipo, mientras que los trágicos suelen ser agresivos y los épicos defensivos. Y es así como Diego Rivera es épico, Clemente Orozco trágico, Fermín Revueltas lírico".

De conformidad con su propia clasificación, la obra de De la Selva resulta lírica en cuanto a expresión, y escudo en cuanto a categoría. Expresa escenas de la vida mexicana, especialmente de la vida del indio, con gran vivacidad, en una manera que es carne y sangre de canción. No hay agresividad en los tallados de De la Selva, sino la representación amorosa y fiel del indio que trabaja, que descansa, que se rebela; que va por los caminos llevando enormes cargas primitivas, que concurre a los mercados donde exhibe su colorida mercancía, sus sabrosas frutas; que en los campos siembra o recoge; que en su hogar trabaja o se solaza, enamora o cría, episodios de cotidiana repetición elevados a planos de significación merced al don inefable del artista: y lo que no es corriente de todos los días, también nos lo reproduce De la Selva: el indio en sus danzas, levantado en armas, zapatitas de anchos sombreros y rifle en mano, seguidos de la soldadera camino a juntarse con su 'jefe'', y descansando entre asaltos, o llorando al paladín caído. Todos los tallados policromados de De la Selva en conjunto, son una revelación de los indígenas de México hecha en forma que el artista no cometa intrusión, pues no hay en De la Selva ni un ápice de la egolatría de Diego Rivera, que condujo al gran muralista a retratarse vestido de Cura Morelos en los frescos del Embajador Morrow en Cuernavaca.

La inferioridad de los imitadores de De la Selva es evidente para cuantos hayan comparado lo que hacen con su obra. Pero De la Selva, a pesar de eso, se presenta en los artículos que comento como fiero denunciador del 'individualismo". Detesta todo arte cuyo mayor esfuerzo tienda a la originalidad. Su empeño es a favor de un Arte, según él lo manifiesta, que de veras sea social; es decir, no sólo al alcance de toda fortuna, por modesta que sea, sino en el que todos tengan parte creadora. Busca una técnica tan sencilla que no requiere una habilidad demasiado extraordinaria, y que sea a la vez suficiente para expresar con adecuada claridad cualquier mensaje o idea, cualquiera emoción. Un arte así, manifiesta De la Selva, forzosamente caerá bajo la categoría que predomine en una comunidad dada en el período de su creación, ya que biológicamente la comunidad de ambiente, de herencia, y de nivel y de modos de vida, producirá unanimidad de temperamento, producción pareja, quedan eliminado así el artista que se proponga ser un individuo aparte, y dejará de producirse todo ese Arte que el egoísmo ha hallado medios de colocar fuera del alcance de todos excepto de las clases privilegiadas.

Durante los últimos tres años viene creciendo el interés que ha despertado la obra de De la Selva, tanto fuera de México como en México. Su exposición en 1934, en la ciudad de México, con que se inauguró la Sala de Exposiciones del suntuoso Palacio de Bellas Artes, fue una revelación para las multitudes que fueron a admirar el trabajo de este artista. Luego le llegó a De la Selva invitación de parte del Museo Roerich para la exposición que cautivó a Nueva York en diciembre del 34 y todo enero del 35. En este último año expuso también en diversas ciudades de Estados Unidos y en Panamá. Recientemente ha sido invitado para presentarse en público en París, Londres y Barcelona. Dándole al mundo una jubilosa y fiel visión de México, este artista le brinda hermoso don de gratitud a la nación que le dió refugio en días para él aciagos.

Con *R. de la Selva:* Tapachula 87. Mexico, D. F.

INVESTIDURAS ENVILECIDAS

Pareja suerte que el Senado habían corrido las otras grandes magistraturas de la República: el consulado, el tribunado y la pretura; se las llamaba honor sine labore, *un vano honor que no daba nada que hacer, pero la aristocracia romana seguía disputándoselas con verdadera codicia. Simaco, cuyo es el ditirambo que hemos referido, gastó con motivo de la pretura de su hijo, a estar a lo que dice Olimpiodoro, sumas equivalentes a dos millones de francos. Cuando el pudor público ha decaído de tal manera, cuando así se debilitan el sentido y la conciencia de la utilidad del cargo, puede gritarse a todos los vientos que ha llegado una triste hora para la sociedad y las instituciones, porque nada revela tan a las claras que se ha doblegado la altivez como prestarse resignadamente a ejercer una investidura envilecida. Que el pueblo viva anarquizado es, sin duda, malo, pero acaso sea peor que so pretexto del orden se avenga a representar una comedia. La manifiesta inocuidad a que han quedado reducidas, conservando la pretensión y la apariencia de ser verdaderamente importantes y ostentado los mismos nombres, varias instituciones que hasta ayer no más eran fundamentales, y sobre todo, la devoción con que ciudadanos altamente colocados se aprestan a desempeñarlas, me hace dudar del sentido de progreso y plenitud que muchos quieren atribuir a algunas dictaduras contemporáneas.*

(De Carlos Alberto Erro, en su libro *Tiempo lacerado.* Edcns. Sur. Buenos Aires. 1936).

TRAS LA FISICA, LA METAFISICA

La geometría, de certeza indiscutible, base inquebrantable de la ciencia antigua; la astronomía, con sus carreras vertiginosas a través de los espacios; la física, la música, las matemáticas y la retórica sirvieron a Crisóstomo de introductoras en el estudio de la filosofía: tras la física, la metafísica. Más tarde, se servirá de ésta para iniciarse en los principios de la teología.

(De Alejandro Vicuña, en su libro *Crisóstomo.* Edit. Nascimento. Santiago de Chile. 1936).

Mensaje radiado

Por EMMA PEREZ

= *Envío de la autora.* Palabras dichas en el micrófono de la C. M. Q., de La Habana, durante la Hora de la *Asociación de auxilio al niño del pueblo español* =

Es en forma de látigos de sangre como viene a azotarnos el dolor que destroza al pueblo de España. El Atlántico se hace de amargura cuando lo atraviesan las noticias de las ciudades bombardeadas, de las teorías de mujeres y niños que discurren por los grises caminos, del asedio de unos hombres contra otros—empleando los medios de guerra más bárbaros—, para castigarlos del delito de querer convertirse en hombres libres y arrancar de la dura miseria a sus hijos hambrientos.

Nos duele—a latigazos en las sienes—lo que en España está ocurriendo: ruinas, obras del arte más excelso destruídas, aldeas en fuego, cielos ocultos por las humaredas de escombros que arden, surcos que se secan sin recibir simiente, aguas enfermas transcurriendo junto a cadáveres con ojos sin cerrar. Se nos envían retratos que se toman en cumbres de tragedia. Padecemos. ¡Parece que tocamos con los dedos los alambres de púas de las trincheras! ¡Parece que nos enfría el aire la carne de los muertos! Estamos pendientes del cable. Velamos la salida de los periódicos. Nos prendemos augustiadoramente a los botones de los radios. Pero soportaremos tanta angustia mientras no precisemos con terror que, en medio de la sangre y las llamas, hay criaturitas, niños, tiernos niños, como los que llevamos de los dedos por las calles soleadas, tiernos niños, como los que van y vienen de la escuela con sus libretas bajo el brazo donde la paz no ha abandonado al hombre. Pero en España hay guerra. Guerra y niños. Desde cualquier esquina que elijamos para enjuiciar la guerra de España, nos sobrecogeremos por los niños. Sobre la tierra no hay nada tan cruel como el dolor de la infancia. Nos entristecen, no ya las criaturas, sino todas las cositas pequeñas que han recibido un daño. Confesad que una yerbecita tronchada o un polluelo temblando os estremece. Confesad que una criatura enferma, con sus manitas abrasadas en fiebre, aunque esté rodeada de sus padres y de los cuidados de la ciencia, os causa una molestia por el pecho. Confesad que las salas infantiles de los hospitales os atan duro el cuello. Si es así, si todos los países de la tierra lanzan cada día más alto el grito de que debe lograrse que los niños sean sanos y felices, si es un crimen que la naturaleza enferme a un niño, si no cabe en el alma humana—aunque ya se haya acostumbrado a todo—que los niños se mueran, ¿de qué suerte vamos a comprender lo que sucede a los mártires niños españoles? Conocen ya los ronquidos del crimen aunque tengan tres o cuatro años, hablan ya de "aparatos" y "enemigos" y a veces no encuentran a sus padres aunque recorran todos los caminos. Imaginaos niños vagando, con los ojos desgarrados de asombro hasta haber perdido los párpados, sin preguntar y sin llorar siquiera, enterados de que hay guerra—¡la guerra!—y de que llegan por el aire las espantosas máquinas de muerte, de incendio y destrucción. Así, de golpe, como se arranca un pedazo de roca con un barreno, se ha arrancado de ellos toda la alegría de la infancia. Yo apenas logro hablar de esto que siento. Me parece que necesitaría para poderos dar mis impresiones, no ya montañas de vocablos, sino tan sólo el primer plano inmenso de un desgarrador *film*. Esto es el cine el que puede expresarlo. Nada más. Esto desborda las palabras de sangre y va a inundar la incomprensión. Amigos, imagináos una pantalla por la que desfilaran hombres muertos y mujeres despedazadas, hospitales de sangre, frentes de guerra, aldeas arrancadas por la metralla, muchedumbres asfixiando caminos en alocadas fugas, niños muertos y niños ocultos en zanjas, desarraigados ya, locos, perdidos. ¿Qué haríais después, padres y madres, hermanas y hermanos, hombres, mujeres por remedir la suerte de esos niños? A vosotros, padres y madres. A vosotros, hermanos y hermanas. A vosotros, hombres y mujeres de Cuba, este llamado más de la *Asociación de auxilio al niño del pueblo español* que realiza la tarea humana—sencillamente humana, no política—de arrebatar criaturas del horror. No hace mucho se nos quedó la isla con los dos brazos trémulos estirados sobre el agua del golfo hacia las criaturas de España que hacían su viaje al generoso México. La reacción del pueblo cubano fue tan piadosa y tan de hermoso ardor que si aquel barco repentinamente hubiera descargado aquí sus niños, ni uno sólo de los quinientos que iban, se hubiera quedado sin hogar. Los que lograron subir al *Méxique* y ponerse en contacto con los niños de uno de los éxodos más trágicos que recuerda la historia de la tierra, sintieron el avance violento de una dulzura frágil de cariño. Así nos lo contó Teté Casuso en su excelente reportaje y así lo comprendimos fácilmente los que no pudimos allegárnosles y sin embargo los quisimos mucho. Eran todos niños salvados. Salvados ya de que ascendiera el frío de sus huesesitos sembrados como raíces de estrellas. ¡Eran niños! ¡Y estaban vivos! ¡Hasta sonreían! ¡Hasta podían resucitar sonrisas! Imaginaos el grano de alegría—de alegría pura—que dejarían caer en los corazones mexicanos que habían pensado en ellos. Si nosotros que no habíamos hecho nada para que el viaje se realizara, nos pusimos llorosos de contento, ¿qué no sentirían los mexicanos que lo habían hecho todo y dado todo por sus pequeñuelos de España? Esa es la dicha que ellos pueden dar—los niños de la guerra de España—y para que sepais cuánto dolor puede naceros de esos mismos niños, os remito a los Carteles con retratos de cadáveres de niños españoles que cubren hoy las paredes del mundo incitando a la indignación y la piedad más amplias. Del vientre ascienden a azotar el pecho, olas de una amargura incomportable. Yo no puedo mirarlos. Yo no puedo. Están con los dientes mostrados. Con los ojos como lagos de asombro. Con números. Sin nombres. Yo no puedo. Sin embargo, a veces les hablo: *"Número 32, qué edad corría, como canción de agua pequeña, al borde de la tarde en que sentiste que morían tus gorriones? Me pregunto qué rostro ofrecería la muerte al mirarte de pronto entre sus manos como ofrenda monstruosa. Me pregunto cuánto sería el espanto de ella con tu mejilla rota ensangrentándola. ¿Quién intentó abrigarte la garganta con ese pañuelito tan humilde? ¿Qué voz tiraba de tus juegos y de tus escapadas a la calle en la barriada pobre en que vivías? ¡Estás apresurando el tiempo de la victoria, golfo 32"!* O así: *"4-21, niña golondrina, ¿cuál esfuerzo desmesurado te rodondeó la forma de los labios*

(Pasa a la pág. 105)

PANDERETA ESPAÑOLA

El cable dice que la España de Franco *celebra el primer año de guerra. Toros, marchas, poemas de los bardos en turno, y la cruz del Cid sobre el pecho del introductor de moros, italos y tudescos, forman en este verano agrio, el programa coruscante de la españolada.*

En la España de pandereta que regresa con la reacción beligerante. Una España, indolente y trágica, de generales y cupletistas, de poetastros y toreros, chula y maja, fanática y cruel, que vuelve ahora como cauda flamenca de los flamenquísimos Franco y Queipo.

Contra ella había surgido una nueva España que trajo la república. La España que mira a Europa, la España con un sentido europeo, y universal, de la realidad circundante. La España intelectual y proletaria, la de los hombres de ciencia y los hombres de letras; la fuerte, la jugosa democracia española.

La reacción internacional puso sitio a esa fortaleza de las libertades peninsulares. Los generales sin contrata sirvieron de guías a la invasión extranjera. Y ahora Franco, " el prisionero de Burgos", distrae su tragedia con el disfraz de Pío Cid. La Cruz legendaria pesará como un yugo sobre el cuello traidor. La armadura de gigante servirá de refugio al hombrecillo encogido. Y Franco hará el fantasmón de zarzuela chica ante la sonrisa mordaz de los "observadores" militares de Roma y de Berlín.

(De *El Tiempo*. Bogotá, julio 19 de 1937).

Poesías

de MELVA LUNA

= Envío de *Magda Portal*, Lima, julio de 1937. =

La autora tiene toda la juventud en sus manos—y es ancho el camino que le queda por recorrer. El motivo amoroso es la nota primigenia en la poesía femenina—y ella lo acentúa en forma armoniosa.

Su estilo moderno y sin preocupaciones técnicas, responde al anhelo de expresarse libre de toda traba académica.

Adscrita a las nuevas tendencias de izquierda, posee un sitio de honor entre la juventud que se inicia, rebelde, iconoclasta, ansiosa de portar la bandera a lo más destacado de las vanguardias.—m. p.

TODAVIA. . .

tengo angustia en mis ojos
que pensaron perderte
y en mi frente
que se marchitaría
sin tu ternura. . .

pero tus palabras,
—rúbrica de mi angustia—
cómo las quisiera olvidar;
desprenderlas de mi insomnio,
soltarlas y que corran
infinitamente hacia el infinito. . .

tus ojos—luces insondables
de vida—son todo
para mis ojos sin luz. . . . — — —

tú eres todo
lo que hay en el mundo
para mí. . .
toda mi alegría,
toda mi tristeza. . .

1937

ETOPEYA EROTICA. . .

tú eres el camino infinito
de mi mente;
vértice de mi esperanza
y de mi angustia;
aurora trillada de imsomnio,
de la noche
dulcemente pura. . .

hemos llegado fuera de la tierra,
más allá de la meta
—donde nadie llegó—
sin temor ni egoísmo,
sin maldad,
—como nadie ha llegado—
llegamos en las mañanas,
trayendo cuentos de las mil
y una noches
y luz en los corazones. . .

tus ojos recorrieron
todas las distancias
y mis manos fugaron
y se escondieron
en la claridad de tu frente. . .

quiero el arcoiris de tu cabello,
para iluminar mis noches silentes
y poder tatuar mi risa en tus pupilas claras. . .

1937

TE QUIERO. . .

te quiero vida mía,
por todas tus palabras y las mías;
sueño no soñado
en mi doloroso letargo. . .

te quiero por todos mis desvelos
y los tuyos;
círculos de ternura,
recorridos de fantasía y revelación. . .

te quiero por toda mi locura
y la tuya;
ilusión y realidad
y todo lo que no puedo expresar. . .

te quiero por todos tus sufrimientos
y los míos;
luciérnaga de mi esperanza,
dolor amado. . .

te quiero porque lates
infinita y eternamente
en mi corazón tuyo,
como es el tuyo mío. . .

1937

QUEJA. . .

tengo angustia, noche fría, que llovizna
sobre mi corazón triste;
—tristeza de no saber cuánto me quieres;
tristeza de pensar que me olvides—
tu voz se vá
—tu voz como angustiada y sola—
y tus ojos estremecidos e infinitos
me alumbrarán menos a la distancia;
no sé como ni cuándo sentiré otra vez
tus pasos claros y ansiosos;
ya no podré soñar tu mano entre las mías,
ni tus labios, ni la noche saturada de caricias;
quiero que se anuden tus brazos dulces
a mi cintura temblorosa y tibia;
quiero desvelarme
con tus labios en los míos
—amante que amas, como no ama nadie—
quiero perderme para siempre en lo infinito
de tu alma infinita,
y tener tus ojos amorosos,
sobre mi corazón triste. . .

1937

EVOCACION DE AMOR. . .

mi esperanza está aleteando,
sobre el tamiz azul del tiempo...
canto bohemio y sonámbulo
y loco de anhelo apretado. . .

por qué si serpentea el viento, no río?
quiero, reír apasionadamente triste;
quiero, verme en tus ojos, rutilantes
como espejos de mil faces. . .

mi angustia se estira en tu mirada;
cuándo bailarán tus perlas en la aurora?
quiero, el lecho tibio de tus brazos míos,
y tus latidos como luceros de todas mis noches...

siento el dolor hasta en la raíz de mi carne,
y hasta el viento hace bulla,
para impedir que escuche tu ternura,
y el sol se aleja y siento frío. . .
somos de un mismo polo,
—distancia incruzable—
y tus ojos mares interminables
donde ha naufragado mi alma. . .

todo me hace falta,
pero tu frente suave y dolorida
cómo la extraño,
cuando sueño contigo. . .

quiero otra vez tus manos
quiero tenerlas como llamas encendidas de [esperanza,
y tus labios húmedos,
y tus ojos diáfanos...

TE EXTRAÑO...

extraño
tus labios ciegos
y ardientes,
vueltos esperanza
de amanecer. . .

extraño
tus manos locas,
viajeras
de todos los polos
de mi vida. . .

extraño
tus ojos dulces
y tiernos;
única luz fosforescente
de la noche. . .

extraño
tu palabra serena
y armoniosa,
deletreada con firmeza
sobre mi frente ansiosa. . .

extraño
todo en ti:
—cuerpo quemante
y suave—pero más aún,
te extraño a ti .

1937

LA AFECTACION

Paul Moller acentuaba en tal grado la importancia de la concordancia entre lo interior y lo exterior, que, según él, carece de verdad toda manifestación de vida en que no late la originalidad creadora. Moller establecía esta proposición con plena conciencia de su paradojismo. Pues ¿cuántas verdades perdurarían en el mundo si solamente somos verdaderos en aquello que nosotros mismos producimos? Pero Moller tiene la convicción de que existe un gran peligro para la originalidad y riqueza de la vida en lo que nos hemos apropiado falsamente y en el cuño objetivo, convencional que damos a nuestra vida. "La afectación proviene de que no se tiene fuerza para entrar en colisión con el mundo haciendo valer el verdadero carácter... Cada cual ha recibido de la naturaleza su cuño determinado, pero por falsos respetos a los demás se lo deja borrar. . . No se atreve a salir al mundo con su propia persona, ni tampoco cree en su profundidad infinita. Si todo individuo juzgase sobre las cosas tal como se le presentan, sin miedo al reproche de parcialidad, tendría que resultar un carácter magnífico".

(De Harald Hoffding, en su libro *Kierkegaard*. Rev. de Occidente. Madrid. 1930).

Democracia y difusión cultural de Costa Rica

Por RODRIGO FACIO BRENES

= Envío del autor. Costa Rica, San José, 21 7-37 =

Democracia es, etimológicamente, gobierno por el pueblo. Pero en un plano más real, democracia es intervención orgánica del pueblo en la vida nacional. Y naturalmente, cuando hay intervención orgánica en algo, hay dirección, influencia sobre ese algo. Pero hay un pero que se levanta como una muralla siempre que se habla de la democracia con propósito analítico o comprensivo. Cómo, en qué forma puede hacerse efectivo eso de que el pueblo intervenga en la vida social? Y como rechazo contra esa muralla, viene la frase anémica y derrotista de que el pueblo no puede intervenir en la vida social por sí mismo; que eso debe dejarse a minorías que, con mayor, menor o ninguna propiedad lo representan (1). A mí me parece que responder así es volverse de espaldas al problema y rehuir su auténtica solución. La dificultad, en realidad, depende de la determinación de los órganos por medio de los cuales pueda actuar el pueblo orgánicamente. Para esto hay que notar en primer lugar que la vida social es muy compleja y se compone de una gran variedad de elementos que no admiten, por lo mismo, ser influenciados sino por una fuerza considerable, que les sea proporcional. Si en mi casa yo o uno de mis parientes proponemos algo, poco se necesita para que lo propuesto se transforme en acción e influencie la vida doméstica. Pero no pasa lo mismo en la vida nacional: una proposición individual no es capaz de influenciarla por pequeña y desproporcionada. El individuo—tipo medio —es algo insignificante en la sociedad; se necesita algo más fuerte que él, y ese algo es, indudablemente—no hay otra solución—el grupo de individuos. Advierto que no me refiero aquí al grupo accidental que por la fuerza y en determinadas circunstancias, logra influir sobre la vida pública en uno u otro sentido, aunque ese mismo grupo accidental y violento demuestra que también en las épocas anormales, sólo es la unión de individuos la que puede hacer algo. ¿Quién se imagina una revolución hecha por individuos aislados?

Pero ahora, repito, no me refiero yo a ese grupo ni a esos momentos. Me refiero a las épocas de tranquilidad o normalidad y a los únicos grupos que en ellas son capaces de actuar: los grupos organizados en razón de la comunidad de la situación social de sus miembros. Por ejemplo, los trabajadores ya van aprendiendo que en la única forma en que pueden conseguir transformar en su beneficio ciertos hechos de la vida social, es mediante su asociación. En Costa Rica los movimientos de integración obreril—sindical—apenas empiezan, y, desgraciadamente con un vicio constitutivo que va a entorpecerlos por un tiempo que yo creo muy largo: su enmarcamiento en sectarismos. También están en embrión los movimientos colectivos de campesinos, empleados, maestros y estudiantes, tan importantes para una democracia más viva. Costa Rica, de verdad, sólo vive una democracia política o formal—de relativa legalidad y liberalidad políticas y gubernamentales—, pero no una democracia dinámica, de indudable intervención social. Pero continuando con el tema central, hay que decir que lo que debe aprender todo ciudadano que quiera serlo no sólo de nombre, es lo siguiente: que únicamente y en la medida de su organización con otros hombres que guarden con él comunidad de intereses, podrá obrar sobre la vida social. Y digo con marcada intención vida social, porque no sólo en lo político está el pueblo obligado a intervenir, para ir realizando la democracia, sino en otros planos de la actividad nacional también.



Espirilos de carácter

Madera de *L. de Artiñano*

La democracia, entonces, en su sentido dinámico y progresivo no puede constituirse en Costa Rica ni en ninguna parte, sino cuando se integren los órganos sociales y funcionen en forma adecuada para lograr una colocación más ventajosa para sí y para la comunidad, dentro del marco social. Porque esa es una verdad: que una vez constituídos los ciudadanos en grupos con una conciencia y una voluntad definidas, todos sus movimientos de intervención eficiente, redundarán, al cabo, en bien de la nación. Sólo entonces lo nacional cobrará un sentido de más unidad y de más justicia.

Con lo anterior dicho, que revela—bien que en forma comprimida—lo que pienso de la democracia (2), voy ahora a hablar con especialidad de uno de los sectores sociales más importantes dentro de toda sociedad, y que aquí, en Costa Rica, no hace democracia, esto es, no se ha organizado como unidad para cumplir su parte de intervención constructiva en la nación. Me refiero a nuestros intelectuales y artistas, casi en forma absoluta disgregados y más o menos desinteresados de las necesidades culturales costarricenses.

Nuestros intelectuales y artistas —y desde el punto de vista de esas sus aficiones y actividades específicas— son, en mayor o menor grado, verdaderos bohemios. Y el bohemismo es, en buenas cuentas, una retirada romántica de la verdadera escena nacional. Y en el caso concreto, el rehuir la faena propia, impuesta por la forma democrática de nuestra sociedad.

Para explicar y tratar de justificar esa actitud y situación como entre bastidores, se ha inventado esta expresión: en Costa Rica no hay ambiente para estas cosas de artes y letras. Lo cual es cierto, absolutamente cierto. Pero, qué? Es que el ambiente para las actividades humanas se forma por generación espontánea; es que el ambiente para las actividades humanas es anterior al hombre? Desde luego que no. El ambiente es producto —en gran parte— del hombre, y sobre todo, del grupo organizado de hombres. De modo que, en rigor, no es la falta de ambiente el motivo por el cual, como se dice aquí, los intelectuales y artistas no actúan socialmente, sino completamente lo opuesto: la negativa, la falta de decisión de éstas para meterse en el duro y poco ensayado papel de formar un órgano de cultura social, un grupo con representación en la nación, con influencia sobre ella, es la causa de que no haya ambiente aquí para esas actividades.

Si en otros países de la América Hispana —para referirme a lo nuestro— existe hoy ese ambiente, una de cuyas manifestaciones más vitales es por cierto un fuerte sentir hispano-americano, no es porque un buen día cayó del cielo. Algún grupo de hombres, en alguna época, hubo de gestarlo, con mayor o menor facilidad. Y hablo de diferentes facilidades porque no sólo la consciente voluntad humana es factor dentro de la sociedad, como lo sabe todo el mundo: hay además, y con diversa intensidad, causas económicas, políticas, culturales y de relación social. Por eso determinar cuáles son todos los motivos de la ausencia en Costa Rica de un ambiente cultural e intelectual, es tarea larga y difícil que, en todo caso, no interesa aquí proponerse. Lo que aquí importa resaltar es, únicamente, la ausencia de ese ambiente, en oposición a su existencia en muchos países, para que se perfile con fuerza la urgencia nacional de crearlo por medio de una voluntad y de un esfuerzo conscientes. Y digo urgencia porque crear ese ambiente sería socializar la cultura, y cumplir así el auténtico fin que en una democracia tienen los que se dedican a cuestiones culturales. No es ésta la oportunidad, ni yo el facultado para indicar en qué forma se podría hacer eso; pero de pasa raya, yo diría que por medio de cursos libres, conferencias y demás sistemas de divulgación, concursos, exposiciones, publicación de revistas y folletos de cultura popular, etc. Todo ello, desde luego, condicionado por la organización de los artistas e intelectuales costarricenses y de los extranjeros que con nosotros conviven. No ignoro, naturalmente, que a la Universidad, y a los estudiantes en general, les toca colaborar en esta obra imperativa de nuestros tiempos, pero aquí no me voy a ocupar de esos sectores sociales. Me limitaré a decir que también es necesario que hagan democracia.

Ya una vez —1907— se quiso satisfacer en Costa Rica esa necesidad de un órgano social-cultural con un Ateneo del que fué promotor Justo A. Facio, autor de mis días, quien decía en la circular que originó la fundación del centro aludido: "Mientras más se extienda y perfeccione, por lo tanto, el cultivo de la literatura, más hacedera, más eficaz y más no-

ble será la labor trascendentalísima que le toca hacer al pensamiento humano en la lucha por el mejoramiento social... tiene que ser, por lo tanto, muy escasa la influencia que el arte viene a ejercer en el movimiento social de la República; otra cosa sería, sin embargo, si los cultivadores del arte se reuniesen aquí en una asociación, etc." Y esto no es otra cosa que el reconocimiento expreso de la función social de la cultura y la determinación de uno de los más eficaces medios para hacerlo posible: la organización en unidad de las disgregadas fuerzas intelectuales de la nación. Desgraciadamente el Ateneo tuvo corta vida, y si lo traigo aquí a cuentas es, únicamente, como antecedente que demuestra que ya ha habido preocupaciones e inquietudes de esta clase en nuestro país.

Para terminar, y en resumen, que Costa Rica es sólo una democracia política o formal, no dinámica o de acción social. Pero que debe transformarse. Y que, como faena propia, dentro del intento general de esa transformación indudable, tienen los artistas e intelectuales costarricenses que integrarse en una robusta asociación, como único medio para lograr influir efectivamente sobre la vida cultural y consecuentemente, sobre la vida política y social del país.

(1) *Y eso cuando no viene la otra frase—la actualísima—de que es mejor encomendárselo todo a un hombre providencial y con camisa de color.*

(2) *Este pensamiento puede ser ideológicamente muy humilde, pero es que al hablar en estas líneas de democracia, lo hago con un criterio de realidad y no de idealidad. No estoy exponiendo avanzadas teorías sociales, más o menos utópicas e irrealizables. Estoy afirmando, al contrario, la posibilidad práctica de llegar a superar la forma democrática actual—la costarricense,—por una actividad y un movimientos sociales del todo realizables. Lo expuesto atrás compensa, pues, la humildad ideológica que pueda tener, con su alto grado de realizabilidad.*

César E. Arroyo

= *Envío del autor*, Quito, Ecuador, julio de 1937 =

Como el orador Mejía, lejos de la patria y cerca de la ola gaditana, ha muerto César E. Arroyo. Para un recordatorio élego que fuera digno de él, haría falta su misma prosa reverberante y colorida, su frase de anhelo y de sugestiones, esa voluntad elástica de su período que parecía sostenerse en trémolos anímicos o la graciosa arquitectura de su crónica, decorada de motivos barrocos, afilada otras veces en la mística intención de la ojiva o rota en la certeza de la columna trunca a la cual se abraza la hiedra que es el silencio que asciende o el reposo en el que se conforma, al fin, la inquietud. Porque Arroyo tuvo, como pocos, el sentido hondo de la elegía, y de seguirle en su amor por los necrologios, habría que recorrer varias de las páginas de su obra de hombre sensitivo y de cuidado estilista que persiguió, como cautivo de la emoción, el tono, el matiz y la música del epíteto.

Ayer no más, doliéndose de los malogrados, bordó en la crónica temblorosa el elogio de nuestros poetas muertos en la juventud, cuando en la cantera de sus descubrimientos, aguardaba el bloque mejor para contornearse y pulirse, y no son de tiempo lejano su elegía de Acuña o el dolor de los treinta y tres años, figurado en la plasticidad inánime del Cristo de Velásquez, así como su evocación de Becquer o el retrato en el que, con filiales empeños, quisiera reflejar el rostro de la madre siempre presente.

De un breviario antológico de las páginas de Arroyo, alzaríase siempre la figura de la musa emocionada, así cuando quisiésemos trasladar a él las mejores notas de las visiones de sus viajes, como cuando intentásemos seleccionar los recuerdos de sus lecturas, sus apuntes críticos encendidos en cordial admiración o aquellos siluetas femeninas en las cuales se afanaba tanto su pluma pictórica, hasta conseguir darlas, sobre el plano de la memoria, la vitalidad que atrae y el ademán que seduce.

El entusiasmo se opuso, en la obra de este dilecto estilista, a la fuerza mordente del desencanto o a la labor profundizadora que nos hará contemplar, como bajo la luz del rayo del laboratorio, la figura descarnada del espectro. Porque Arroyo, aún para su canto de la tristeza, logró revestir a su espíritu de una levedad alacre y creyó que de todas las virtudes la mejor es la de la bondad, aun cuando ella mutile el tacto del dominio. Su temperamento encendido de fervorosidades fue su estilo. Desde las madrugadoras *Flores de Trapo*, los versos de su juventud revelados por Isaac J. Barrera en la serie de artículos que bajo el título de *Modernismo* escribió para las columnas de *El Comercio*, hasta las crónicas de su *Retablo*, buriladas ya con la seguridad del prosista, la trayectoria de Arroyo es igual en su puro amor por la belleza y así no le tienta el tema que no se afirme, con huella encariñada, en la sensibilidad que aprisiona y en la imaginación que busca, para revelar los fantasmas del arte, para darlos salida, el nombre de la sustancia, la encarnación del verbo y los colores animados del objetivo. Lejanas por eso de sus libros la contradicción o la angustia, ellos se alimentan de un optimismo revoloteante y figuran y labran sólo las imágenes o las realidades que le fueron gratas y cuando se acercan al dolor, no ahondan en el análisis de su destructora presencia y se complacen, más bien, en lo que aquel vale para estilizar y perfeccionar. Así, bañados de aura simpática, desfilan ante nosotros los hombres de sus libros: el pueblo ecuatoriano en su romancero, Galdós, Manuel Ugarte, Montalvo, Vasconcelos... Y así también se iluminan los paisajes admirados por quien se pretendía "de vuelta de todos los caminos" o cobran realidad, en el pictoricismo de la descripción, las naves y los retablos de las Catedrales de Francia o frente a la tarde de prueba, enciéndese justiciero ese puñado de páginas aún no reveladas, *El Libro de la tierra*.

Fraternal, entrañable es para nosotros el recuerdo de Arroyo, a quien acompañamos y comprendimos en los altos de sus retornos, cuando en el vaivén de la nostalgia supiraba por su paisaje lejano, ya dejado, aun a trueque de que, volviendo a su erranza ultramarina, le asaltase, con los enternecimientos de la primicia, el deseo de volver a las calles, que se recuestan y ascienden, de San Francisco de Quito.

Con él estuvimos muchas veces frente a las columnas de la prensa diaria y animamos, en su compañía, la revista o el artículo, observándole en su amorosa, en su contraída pasión por la pulida forma del estilo. Lo vimos, sincero a toda prueba, sin atraverse a destruir su marcha idealista, celoso por mantener las rituales esperanzas de la vida, generoso para estimular y ayudar, venciendo a la madurez biológica con los ademanes ligeros de la juventud, evocando y presintiendo. Alguna vez su lápiz, circulando sobre la cuartilla en ilusorio cariño para trazar una crónica futurista para el año dos mil, supuso, con el tardío afán de que ahora se reviste lo romántico, que para entonces se había celebrado nuestro centenario... Y así, en otros días acariciados por la claridad envolvente del ensueño, su palabra, buscadora del período del canto en prosa, supo abrir la sorpresa imaginativa o detenerse en el estudio que afirmará su nombre de literato.

El mismo, cuando en la tarde de su entusiasmo estaba en vena mayor de confidencia, se planteaba el juicio personal, desenfadado, de su valía literaria. Y así lo han reconocido todos cuantos consideraron a César E. Arroyo como a uno de los mejores escritores de la patria.

AUGUSTO ARIAS

Rebeldías

Por *JOSE LION DEPETRE*

= De la novela *Yo leproso*. México, D. F., 1937 =

Dijo el Cristo, según sigue contándome Mateo:

"No juzguéis, para que no seáis juzgados".

"Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os volverán a medir".

(*Mateo*, cap., 7o., vers., 1 y 7)

Seguramente, Jesús dedicó estas advertencias a las beatas de su tiempo...

Estas son palabras del Galileo, transcritas por Mateo:

"Cuando haces limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en los templos y en las plazas, para ser estimados de los hombres: de cierto os digo, que ya tienen su recompensa".

"Mas cuando tú haces limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha".

"Para que sea tu limosna en secreto, y tu Padre que ve en secreto, él te recompensará en público".

(*Mateo*, cap. 6o., vers. 2, 3 y 4).

Al leer estos versículos, severos, no puede uno menos de pensar en las brillantes fiestas de caridad, en las subscripciones benéficas de sociedad de la "buena prensa"; en las fundaciones ostentosas de asilos y hospitales, por los mismos que provocaron las enfermedades y aceleraron las muertes; en las misérrimas limosnas dadas en la calle por manos cubiertas de joyas...

¿Qué pensaría de los capitalistas de hoy el que dijo:

"No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde los ladrones minan y hurtan:

sino antes, allegar para vosotros tesoros en el cielo, donde ni polilla ni orín consumen, y donde ladrones no minan, ni hurtan:

porque donde estuviere vuestro tesoro, ahí estará vuestro corazón"?

(*Mateo*, cap. 6o., vers. 19, 20 y 21).

Según estas palabras ¡cuántos corazones de ahora deben estar encerrados en las cajas fuertes de los Bancos!

Dijo el místico rabí de Nazaret:

"Es más difícil a un rico entrar en el reino de los cielos, que a un camello pasar por el ojo de una aguja".

Pero sus derviches olvidaron pronto tan ejemplares palabras, y hoy se cobijan siempre a la sombra de los ricos y de los poderosos, alejándose de los pobres y de los necesitados.

Por eso el pueblo ya nos los cree, ni los quiere, sino que los rechaza.

"Cuando veis levantarse una nube desde el poniente, luego decís: "Lluvia tenemos, y así sucede".

"Y cuando veis que sopla el aire de medio día, diréis: Tendremos calor, y así sucede".

"¡Hipócritas sabéis distinguir el semblante del cielo y de la tierra, ¿pues cómo no distinguís el tiempo de ahora?"

"Y cómo no discernís aún por vosotros mismos lo que es justo?"

¿Apostrofa un líder comunista?

No, habla el Cristo, según dice Lucas en el capítulo 12 de su evangelio.

"Si en vuestra congregación entra un hombre con anillo de oro, y de preciosa ropa, y también entra un hombre con vestidura vil;

"Y tuviéreis respeto al que trae la vestidura preciosa, y le dijéreis: siéntate tú aquí en buen lugar; y dijéreis al pobre: Estate tú allí en pie; o siéntate aquí debajo de mi estrado":

"¿No juzgáis en vosotros mismos, y venís a ser jueces de pensamientos malos?"

"¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, ricos en fé, y herederos del reino que ha prometido a los que le aman?"

"Mas vosotros habéis afrentado al pobre. ¿No os oprimen los ricos, y no son ellos los mismos que os arrastran a los juzgados?"

(*Epístola de Santiago*, cap. 2, vers 2, 3, 4, 5 y 6.)

Estas frases tienen, indudablemente, un marcado sabor marxista.

"¿Por ventura cree en él alguno de los magistrados o de los fariseos, sino sea plebe que no sabe la ley y es gente maldita?"

Estas palabras de Juan, en el capítulo 7o. de su evangelio, adquieren ahora, ante el nuevo ideal de las masas, una palpitante actualidad.

Las palabras valientes y fogosas del rebelde proletario de Galilea, eran en su tiempo más subversivas que los discursos llamados disolventes de los rojos de hoy.

Por eso se le enfrentaron los ricos y los fariseos y las Autoridades, en nombre del Orden, lo persiguieron hasta llevarlo a la cruz.

Carta alusiva

(Viene de la página 97)

barie fascista está Ud. en esta hora grande y trágica de España.

Por eso ha hecho bien en mirar con indiferencia la vista de mañana. Sé que no asistirá a ella, no por soberbia, sino por convencimiento de que no es allí en donde el pueblo español va a perder a un defensor que ha puesto su alma en favor de su causa. Pasará la vista y vendrá el fallo. Lo que no puede pasar jamás es su amor por España. No lo hizo flor de un día. Dijo que le daba su corazón y es cierto que su corazón sostiene la inmensa batalla de dar a la causa del pueblo providencial un vocero de prestigio continental.

He querido hacerle mi homenaje silencioso y siento que así estoy más cerca de Ud. y comprendo mejor la causa del pueblo por el cual lucha con indomable celo. A la vista no habría ido por muchas razones. Tengo aversión a los administradores de la justicia. En realidad no son ellos culpables de lo que la justicia hace en sus manos. Siguen lo Swiff estigmatizaba severamente con el nombre de jurisprudencia. Las injusticias mayores son consagradas por sentencias como jurisprudencia y cuando los jueces agarran esa porra con ella dan en el sepulcro con las causas más nobles y más justas. Prefiero manifestarle mi devoción hablándole de España. He aprendido a querer a España oyendo sus juicios y aprovechándome de la difusión del pensamiento español que desde hace años viene haciendo Ud. inteligentemente. Su amor por España no nació con la traición de lamilitarada. Es amor con raíces en un pasado serio. Por eso los que lo hemos seguido en su obra de cultura no hemos tenido que hacer esfuerzo alguno para dar el grito en favor del pueblo español. Lo hemos dado sintiéndolo. Porque se oyen gritos en favor de ese pueblo, pero quedan pronto extinguidos. El miedo y las conveniencias, la falta de sentimiento por una causa de todos los pueblos del mundo hace de los partidarios de España desapasionados, legión de timoratos que, o no chistan para no comprometer su prestigio con el mote de "rojos", o de una vez dan la media vuelta y abandonan la buena causa. Su caso es realmente ejemplar. Definió sus devociones y quedaron definidas y son invencibles por cualquier clase de adversidades. Grandes y pequeñas adversidades no tienen poder para acobardar su fe en el triunfo de la causa del pueblo español. Caso admirable el suyo. Creo haber dado muestras de tener fe en esa causa y estoy seguro de que su influjo me ha alentado.

La batalla sigue fuerte. Los fascismos criminales no cesan en su barbarie. El pueblo se desangra atrozmente. Pero no da muestras de aniquilamiento. Es el mismo pueblo heroico. Los fascismos no lo vencen. Están cavando su propio sepulcro y pronto se pudrirán en él.

OCTAVIO JIMENEZ

MATUTINA

En memoria del maestro *Omar Dengo*, que en el cielo ha de estar.

Luz radiante del nuevo día, penetra en mí y dame el poder espiritual para hacer llegar tus destellos hasta lo más íntimo de la mente y el corazón de mis niños. Fuerza creadora de la naturaleza, Dios omnipotente: dadme fe, optimismo y sabiduría para llenar las ánforas a mí encomendadas. Que en mí sea el poder. Que en mí sea la facilidad. Que en todo instante me sienta hoy artista modelador de la más sublime de las creaciones. Venid a mí todas las fuerzas materiales y espirituales, para forjar al hombre que el universo necesita.

Carlos Ugalde

Filadelfia, junio 1937.

Mensaje radiado

(Viene de la página 91)

en esa rígida O? Despeinadita, te despeinó quizás el viento o no te habían peinado todavía cuando el crimen roncó sobre las cosas con la garganta de los aparatos untados de los cielos no españoles? No te peinaba nadie. Te escondían. Ya no se hacía sino esconderte. Las manos ya no saben peinar niños cuando las nubes vierten destrucción sobre pueblos sangrantes!" O así: "*B-21-31, 99-22, muchachos, se está levantando de ustedes la alegría de los hijos de los pobres*"! Estos cuadros de niños inmolados son llamados al corazón de las mujeres y los hombres justos de toda la tierra. Son llamados. ¿Dejaría Cuba que el silencio contestara en su nombre? Ya se ha visto que no. Se ve que no. *La Asociación de Auxilio al niño del pueblo español* está recibiendo adhesiones a diario. Pronto Cuba tendrá sus niños españoles de ella y los verá resucitar sonrisas. Pensad, hombres y mujeres de Cuba, que con ser sencillamente humanos, podemos cambiar muchos destinos de criaturas mártires. *Salvarlas.* Devolverles sus párpados, su risa, su confianza en la vida y, lo que es más, su olvido de la muerte. Si tenéis hijos sea por vuestros hijos y si no por vuestros hermanos o por los hijos de vuestros amigos—que siempre todo adulto quiere a un niño que le vuelve juguete el alma. Sea por los niños de los países libres, sea por los que mueven su infancia bajo las alas blancas de la paz, sea por los que, teniendo hasta hambre y frío, pueden considerarse venturosos si nunca han visto el rostro de la guerra retratado en el cielo. Hombres, mujeres, que mis palabras no hayan sido inútiles. Que lo demostréis ayudando. ¡Que la trágica realidad española sirva para unir pueblos con niños a pueblos con niños!

Emma Pérez, madre de una criaturita pequeñita, es quien termina aquí de hablaros.

HACEDME UN LUGAR EN EL DERECHO...

Hablemos claro: lo que vemos de cierto en esta cuestión es el oculto despecho de que surja el trabajo con derecho, de que tenga su ciudadanía el obrero, de que hable al oído del amo con lenguaje de igualdad democrática. Se oyen los alegatos de los obreros con la extrañeza con que se escucharon antes los reclamos del esclavo, desde que osó decir por la primera vez con Espartaco a la cabeza. Hacedme un lugar en el Derecho, que yo también pertenezco a la Humanidad.

(De Guillermo Prieto, en el libro *Martí en México*, Vol. II. México. 1936).

EDITOR: J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
EN COSTA RICA: Suscrición Mensual: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—*José Martí.*

EXTERIOR: EL SEMESTRE: $3.00
EL AÑO: $ 5.00 Oro Am.
GIRO BANCARIO SOBRE NUEVA YORK



Massaguer

Por GUILLERMO JIMENEZ

=*Colaboración*, México, D. F. Julio de 1937.=

Muy pronto, en el Lyceum de La Habana, centro de alta cultura de aquella República, Conrado W. Massaguer hará una exposición de sus dibujos y cartones de los que ha publicado recientemente en *Social* y que han tenido un éxito formidable, por la gracia, por el "humor" y la picardía que el dibujante ha puesto en sus muñecos. Dibujos que reproducen constantemente las grandes revistas de París, de Nueva York y de Londres.

El último "suceso" que presencié de Massaguer, fue en París, allá por el año de 1929, cuando expuso sus *Celebridades Contemporáneas* en el Hotel Jean Charpentier en el Faubourg Saint-Honoré. Era un octubre delicioso, el tiempo más lindo de París, cuando los árboles comienzan a deshojarse en una lluvia de oro y el cielo adquiere las más suaves tonalidades de azules, de lilas, de rosas.

El "todo París" desfiló por la Exposición de Conrado y el "todo París" significa lo que más vale en el universo de escritores, artistas, diplomáticos, poetas, escultores, pintores, actrices y mujeres del gran mundo rociadas con los más caros perfumes: La Reina de Rumanía, Alfonso de Borbón, el Premier de France, se dieron cita una tarde en el Salón Massaguer, para admirar las travesuras del caricaturista tunante. La seriedad del Jefe del Gabinete de París y la exquisita chulería del Duque de Toledo, contrastaban admirablemente con la elegancia y suntuosidad de la Reina María, madre del Rey más calavera y Donjuanesco de las pocas cortes europeas que quedan.

La Exposición de Massaguer en París, no sólo fue un remarcable triunfo parisiense, sino un acto de trascendencia internacional por las *célébrites contemporaines* que ahí estaban reunidas: Joséphine Baker y S. M. Gustavo de Suecia; Mistinguette y Raymond Poincaré; Gloria Swanson y Georges Clemenceau; Suzanne Lenglen y Charles Lindbergh; Dolores del Río y Diego Rivera; Cecilia Sorel y el entonces Príncipe de Gales, después Eduardo VIII y ahora el más feliz de los hombres paseando su "amor otoñal" en los jardines umbríos de un castillo olvidado y escuchando valses vieneses mientras su "cara mitad" le prende las más ardiente flor en la solapa y le hace, en voz baja, la más apasionante y sensual de las querellas.



Conrado Massaguer

[(Autocaricatura)]

1929

Me acuerdo que en aquella época vivía yo en el barrio de la Europa, en un hotel de la calle de Moscú. Mi vecino de cuarto era un japonés, mitad pintor y mitad atleta. Sobre su mesa de trabajo, siempre llena de libros, tenía un jarrón con unas ramas de cerezo y en la pared, prendida con alfileres, la caricatura de "Babe" Ruth, hecha por Massaguer.

—¡Admirable!—me decía el japonés—es de un gran dibujante catalán.

Cuando le conté que era de un artista cubano, le mandó poner cuadro.

Ahora que hojeo los cartones de Massaguer digo en secreto: ¡Es admirable! Es un gran costumbrista y un delicado observador, que sabe poner en sus apuntes esa alegría, esa pimienta y esa amargura que se amontonan en la vida.

¡Vida son los dibujos de Massaguer!—Comenta mi amigo Diego Rivera, pasando el pulgar sobre los muñecos de Conrado.

Hay que tener en cuenta que Diego es muy parco en los elogios y además muy exigente. Pero ni su exigencia artística ni su parquedad lo detuvieron para sonreír ante la gracia, ante la sutileza, ante la procacidad de las caricaturas de Massaguer, que al fin y al cabo, no son otra cosa los cartones de este artista: una sonrisa, una alegría juguetona llena de juventud que nos compensa un poco de las melancolías cotidianas de la existencia.

El mundo donde viven las "gentes" captadas por el lápiz cuajado de ironía de Massaguer, es el mejor de los mundos, un mundo encantador donde la vida pasa rebosando de optimismo y cantando la más bella de las canciones.

Existe en Massaguer ese afán de describirnos visiones jubilosas que no alcanzan a ver nuestras pupilas. Es un profesor de psicología, aprendió esta ciencia no en los libros, no con los grandes maestros, sino en la Universidad de Guzmán de Alfarache y en ese trajín dramático y sensual de las ciudades cosmopólitas donde el amor, el lujo, la miseria, las lágrimas y las pasiones todas, se enmarañan en nudos misteriosos que extorsionan y martirizan y también hacen reír a las gentes.

Massaguer es un producto refinado de su época y a través de su temperamento sabe tamizar sus sensaciones, que llenas de humanidad transporta a la nitidez de sus cartones. Es un verdugo, es un crítico inexorable de los *snobs*, pero lo hace tan regocijadamente que el climax de sus dibujos revienta en la más suave de las sonrisas. De ahí la originalidad que tanto alaba Carlos Mérida en las líneas del artista habanero, cubanísimo sin *ñañiguismo*, cubanísimo por el verde de su mar y por el azul transparente de su cielo. Por ello su plástica tiene luminosidad y muchas veces se escucha en ella un hondo sentido musical, una música de Gran Hotel o de Jazz bajo la noche estrellada en la orilla del océano.

UN LIBRO CELEBRE DE SAN JUAN CRISOSTOMO

El diálogo sostenido con Basilio, redactado más tarde por el mismo Juan, ha pasado a la posteridad y contribuído a la celebridad de su autor más que sus obras de apologética o elocuencia. Los seis tratados sobre el Sacerdocio, *nombre de las célebres disquisiciones de Juan con Basilio, han merecido el aplauso de los siglos cristianos y son todavía fuente de inspiración para quienes escriben o hablan sobre el sacerdocio católico.*

Suidas, lexicógrafo griego del siglo IX, escribe al referirse a dicho libro: "Juan de Antioquía, llamado Crisóstomo o boca de oro, ha escrito mucho; pero de todas sus obras, la más excelente son los diálogos sobre el sacerdocio, sea por la sublimidad y encanto de la elocución, sea por la dulzura y elegancia del estilo, compitiendo su boca en abundancia y fecundidad con las propias fuentes del Nilo".

(De Alejandro Vicuña en su libro *Crisóstomo*. Edit. Nascimento. Santiago de Chile. 1936).

Imprenta Borrasé Hnos. — San José de Costa Rica